

STAR WARS

Aprendiz de Jedi 2

EL RIVAL OSCURO

Jude Watson

Título original: Star Wars. Jedi Apprentice. The Dark Rival.

Traducción: Lorenzo F. Díaz

Introducción

Navegando por la red, los jóvenes aficionados a Star Wars destacaban a Jude Watson como un meritorio escritor de aventuras, y señalaban su gran trabajo a la hora de aportar una visión completa y real de los Jedi.

En El rival oscuro, segunda parte de la serie Aprendiz de Jedi, conoceremos las verdaderas dudas de Qui-Gon Jinn para aceptar a Obi-Wan Kenobi como aprendiz. "¿Por qué a Obi-Wan en la oscuridad has dejado?", le dice Yoda a Qui-Gon, cuando sabe que son los caminos inescrutables de la Fuerza los que hacen prever nuestra lucha con el destino, nuestro enfrentamiento con nosotros mismos. "Más fácil que el futuro cambiar el pasado es", un pasado que deberá ser rememorado por Qui-Gon cuando se enfrente a su error, a los remordimientos por haber creado un Jedi Oscuro con el nombre de Xánatos.

Nadie podía sospechar, tal vez sólo Yoda, que Kenobi iba a ser el último Caballero Jedi después de la masacre perpetrada por el Emperador en las guerras que han de venir, cuando el Imperio Galáctico destruyó el orden en la galaxia. Estamos en la década del año 40 —si contamos como año 0 la destrucción de la Estrella de la Muerte—, antes del nacimiento de Anakin Skywalker y de los héroes Han Solo, Luke Skywalker y su hermana Leia, y en los últimos años de la República, Anakin, prisionero del Lado Oscuro de la Fuerza, y como Darth Vader, exterminará a todos los Jedi, trayendo los años oscuros al universo.

Pero lejos de los desastres futuros, el joven Obi-Wan deberá alejarse de la inquietud que le produce ser rechazado por su maestro, controlando su propia ira, aunque antes será el propio Qui-Gon quien tenga que afrontar los "errores" del pasado y abandonar su soledad un tanto maldita, y asumir que su destino es preparar al joven aprendiz para los años oscuros que han de venir.

Los Caballeros Jedi son personajes legendarios, cuya misión es defender el orden en la galaxia. Un Jedi debe tener una personalidad equilibrada y usar su poder en la Fuerza sólo para defenderse, no para atacar. La demostración de dicho poder, por el simple hecho de poseerlo, es una equivocación que puede llevar al Caballero al Lado Oscuro. Porque la Fuerza fluye de nosotros mismos y nos rodea, es como un río por el que hay que dejarse llevar, utilizando su impulso para fortalecernos. Luchar contracorriente, pensando que dominamos su fortaleza, puede llevarnos a la destrucción. El Jedi es responsable del equilibrio entre las fuerzas de la naturaleza, entre las tinieblas y el orden. Sin duda, las aventuras guerreras curten al Caballero elegido, pero hay que recordar las enseñanzas de Yoda: "la guerra no le hace a uno grandioso", porque el enfrentamiento con el mal sólo tiene significado cuando sirve para aprender de nosotros mismos.

Como vehículos de la Fuerza, uno se hace grande, no por luchar contra el otro maligno y ostentar el poder del triunfo, sino por vencer al miedo y la ira de nuestro interior. "Somos fuertes en la Fuerza", pero ésta no pertenece al

Jedi, sino que vive con él, para enseñarle a contemplar el equilibrio que existe en la naturaleza.

Obi-Wan Kenobi deberá pasar numerosas pruebas para convertirse en un auténtico Caballero Jedi, una vez aceptado como "padawan", aprendiz, en plena conexión con su Maestro Qui-Gon Jinn.

La conexión Jedi es una de las primeras uniones entre el padawan y su Maestro. Dicha unión les hace saber que caminan juntos por el mismo sendero como vehículos, y a la vez como conductores de la Fuerza, hacia un futuro de esperanza. Sin duda, perder la esperanza es también perder la propia fe en uno mismo, y caer inevitablemente en las tinieblas de la mano de la ira. Este fue el destino oscuro de Xánatos, primero perdiendo la conexión con su Maestro, dudando de sus capacidades y alimentado con el rencor de haber sido separado de su familia — ¿os recuerda algo la historia de Anakin Skywalker?—, y finalmente utilizando en beneficio propio el poder que le proporciona el Lado Oscuro de la Fuerza.

Nada ni nadie puede eliminar nuestras propias dudas, sólo compartirlas, en el tortuoso camino hacia el futuro, y como los Caballeros Jedi, sólo compartiremos el sendero con la Fuerza como aliada.

"¡Qué la Fuerza esté con nosotros!"

Alberto Santos

Capítulo 1

K-7, Núcleo 8. Núcleo 7. Núcleo 6. Núcleo 5. Es estrecho. Presión. Atrapado. —Sí, Qui-Gon. Puedo hacerlo. Y lo haré. Sabe que está mal. Que debe detenerlo. Pero no puede combatir contra esto. Ve el círculo roto. El círculo que une el pasado con el futuro, pero sin llegar a cerrarse. Debe cerrar el círculo. Debe...

Qui-Gon Jinn despertó con un sobresalto. Como siempre, supo exactamente dónde se hallaba nada más despertarse. Los sueños nunca seguían presentes en su despertar, nublándole la mente. Ni siquiera esa pesadilla, que sólo había servido para ponerlo más alerta aún.

El cuarto estaba oscuro, pero distinguía los bordes de la ventana en la oscuridad. El alba estaba cercana. En el lecho contiguo podía oír la tranquila respiración de Obi-Wan Kenobi. Estaban acuartelados en el aposento de invitados de la residencia oficial del Gobernador de Bandomeer. Habían acudido a ese planeta en una misión de rutina que había dejado de serlo bruscamente, por culpa de una sola frase escrita en un trozo de papel.

El mensaje había sido el causante de la pesadilla. Llevaba tres noches seguidas soñándola.

Su mano rozó el sable láser, situado a su alcance por si aparecían intrusos. Podía estar en pie, preparado para el combate, en un abrir y cerrar de ojos.

Sin embargo, ¿cómo se puede combatir un sueño?

K-7, Núcleo 5. ¿Qué podían significar esos números y palabras? K-7 podía ser un planeta localizado pero no explorado, o un sistema estelar. Pero, ¿y la sensación de estar atrapado? ¿Quién había dicho "puedo hacerlo"? ¿A qué se debía su ira contra esas palabras? ¿Por qué sentía esa desesperación e impotencia al oírlas?

Lo único que le era familiar era la imagen del círculo roto. Le llenaba de temor.

Qui-Gon creyó que todo pertenecía al pasado. Todo. Entonces al llegar a Bandomeer le entregaron la nota. Le daba la bienvenida al planeta, y la firmaba Xánatos.

Los Jedi aprendían a valorar los sueños, pero sin confiar en ellos. Los sueños pueden confundir tanto como iluminar. El Jedi debe explorar esas visiones como quien camina por un terreno inseguro. Sólo debe continuar si está seguro de que el terreno es firme. Los sueños pueden ser sólo energía dispersa. Algunos Jedi pueden ver significados ocultos en los sueños, pero otros no.

Qui-Gon rara vez manifestaba ese don y prefería no preocuparse por esas visiones. La luz del día le ayudaba a dejarlas al margen. Pero le era más difícil por la noche.

Si pudiera olvidar sus pesadillas y recuerdos, dejarían de preocuparle entonces.

Había recorrido toda la galaxia, desde el Core Galáctico hasta los territorios del Borde Interior. Había visto muchas cosas dolorosas, y muchas que desearía poder olvidar.

Y su mayor dolor, su mayor pesar, por fin había conseguido darle alcance.

Capítulo 2

Fue Qui-Gon quien descubrió a Xánatos, quien le midió los midiclorianos y quien llevó al niño al Templo Jedi.

Recordaba la mirada de Crion cuando se llevaron a su único hijo de su planeta natal, Telos. Crion era el hombre más rico de Telos, pero sabía que, pese a todas sus riquezas, no sería capaz de dar a Xánatos lo que el Jedi le ofrecía. No podía negarle eso a su hijo. Qui-Gon vio en el rostro del hombre que la separación le partía el corazón, y dudó. Preguntó una última vez si Crion estaba seguro de su decisión. Este asintió lentamente. Su decisión era definitiva. Xánatos sería entrenado como Jedi.

Si Qui-Gon hubiera prestado más atención a sus propios titubeos, su decisión de llevarse al niño habría sido otra, y la vida de todos habría sido muy diferente...

* * *

Qui-Gon desplazó las piernas hasta el borde de su lecho. Se acercó a la ventana y corrió la pesada cortina.

Podía distinguir las torres mineras en la luz grisácea. El Gran Mar de Bandomeer era un vacío negro en la distancia.

Bandomeer era una gran masa de tierra en medio de un enorme mar que dividía al planeta en dos. Y todo ello era propiedad de compañías mineras. La única ciudad era Bandor, y era allí donde se encontraba la vivienda del Gobernador. Pero, incluso en la ciudad, se realizaban extracciones de minerales. El aire era un manto gris apagado, lleno de revoloteantes manchas negras.

Estaba en un mundo desolado. La mayoría de las minas de Bandomeer eran propiedad de empresas de fuera del planeta. Ninguna de las enormes riquezas obtenidas revertían a los meerianos nativos, y hasta la residencia oficial del gobernador resultaba miserable y estaba mal amueblada. Los dedos de Qui-Gon se deslizaron por el borde de la cortina. La tela empezaba a deshilacharse.

Obi-Wan se removió en su sueño. El Jedi se volvió para mirar al muchacho, pero éste continuó durmiendo. Le dejó estar. Ese día empezarían sus misiones separadas en Bandomeer. Aunque la misión del chico lo pondría a prueba, no era peligrosa. Todas las misiones probaban el entrenamiento Jedi, incluso las que parecían sencillas. Hacía mucho tiempo que el Caballero había aprendido eso.

El chico y él habían hecho juntos un viaje inesperadamente peligroso. Habían luchado codo con codo y habían visto de cerca la cara de la muerte. Pero, aun así, seguía sin sentir una cercanía con él, porque había una parte de

su ser que deseaba que Yoda reclamase al chico de vuelta al Templo para encomendarle otra tarea.

Debía ser honesto. El motivo por el que no podía sentir esa cercanía con Obi-Wan era porque él mismo no se la permitía. El muchacho le había impresionado en el viaje hasta allí, desde luego. Fue un recorrido accidentado, lleno de tensión, y el chico había aprendido a contener su lengua y su temperamento en situaciones donde el Jedi esperaba que perdiése la calma.

Pero Qui-Gon también sabía que el joven Kenobi seguía dejándose dominar por la ambición y la ira; las dos cosas que causaron la perdición de Xánatos. No podía volver a verse en una situación así; sabía lo traicionera que podía ser la dependencia de un aprendiz.

Por lo tanto, mantendría las distancias con el muchacho, y lo enviaría a observar el trabajo de los Cuerpos Agrícolas en el planeta. La minería había despojado a Bandomeer de muchos de sus recursos naturales. Las grandes minas ocupaban demasiados kilómetros cuadrados, y sólo se cerraban una vez que habían esquilmado la tierra, dejando el terreno desértico e inútil para el cultivo. Todos los alimentos se importaban desde otros mundos.

Era una situación difícil que el Gobierno local intentaba corregir, restaurando y reclamando la tierra y el océano. Los Cuerpos Agrícolas contribuían a esta empresa replantando grandes zonas y cercándolas para formar lo que el Gobierno llamaba "Zonas de Enriquecimiento". Obi-Wan sería enviado a examinar la más grande de estas zonas.

La misión de Qui-Gon estaba menos clara. El Consejo Jedi le había enviado para actuar como Guardián de la Paz a petición del Gobierno local, pero seguía sin estar muy seguro de cuál sería su papel. La mayoría de los habitantes de Bandomeer eran gentes venidas de fuera para trabajar en las minas. Los trabajadores ahorraban todo lo que podían para poder dejar el planeta lo antes posible. Esto dificultaba el esfuerzo del Gobierno para conseguir algún cambio. Todo el mundo, nativos incluidos, quería dejar el planeta en cuanto le fuera posible. A nadie le preocupaba lo que pudiera pasarle a Bandomeer.

Pero eso había empezado a cambiar. Los meerianos se habían asociado con los inmigrantes arconas para formar una cooperativa minera, repartiéndose los beneficios a partes iguales.

Algunos mineros ya empezaban a dejar los grandes yacimientos propiedad de la poderosa Compañía Minera de Offworld. Qui-Gon tenía la sospecha de que éste era el motivo por el que le habían llamado. Offworld nunca supo tolerar a quienes invadían su terreno.

Fuera el paisaje se había iluminado. Rayos de sol de un naranja oscuro lamían como lenguas de fuego las altas torres mineras. Combatiendo todavía la aprensión producida por la pesadilla, Qui-Gon contempló cómo Bandor cobraba vida. Las estrechas calles se iluminaron. Los trabajadores del turno de día se

dirigían a las minas, mientras los mineros de la noche volvían cansados a casa. Pensó otra vez sobre el mensaje sorpresa de Xánatos.

He esperado mucho este día.

En el mensaje, junto al nombre de Xánatos, había un pequeño dibujo de un círculo roto; un círculo con una abertura donde debían encontrarse los extremos.

Era un recordatorio. Una burla. Xánatos tenía en la mejilla una cicatriz con esa forma. Qui-Gon volvió a meditar en el mensaje, dejando que fluyeran hacia él todas sus posibles implicaciones. Parecía una trampa. Xánatos podía estar jugando con él, mientras las galaxias les separaban, sonriendo ante la idea de haber conseguido que su antiguo Maestro temblase de miedo al ver su nombre.

Eso sería muy propio de Xánatos: confundirle, retrasarle y demorarle para que interpretara mal una situación; y tan sólo por haber insinuado su presencia. Era astuto, y a veces usaba esa argucia para concebir juegos crueles.

Qui-Gon deseó que el mensaje sólo fuera un juego. Una burla infantil.

No quería volver a enfrentarse con Xánatos.

Capítulo 3

Obi-Wan Kenobi se despertó, pero permaneció sin moverse. Mantuvo los párpados casi cerrados y captó un atisbo de Qui-Gon. El Maestro Jedi estaba parado ante la ventana, dándole la espalda, pero el muchacho notó, en la tensión muscular, en su actitud, que volvía a estar preocupado.

Deseaba preguntarle en qué pensaba. Las preguntas llenaban su mente desde que aterrizaron en Bandomeer. ¿Qué había convertido la serenidad de Qui-Gon en agitación? ¿Iba a incluirle en su misión Jedi como Guardian de la Paz? ¿Había conseguido demostrarle que era digno candidato para ser su aprendiz?

Desde que dejó el Templo, pocos días antes, Obi-Wan había sido tiroteado con una pistola láser y estrangulado por un hutt. Había luchado con piratas togorianos, combatido con dragones voladores y pilotado una enorme nave de transporte en medio de un nutrido fuego de cañones láser. Pero eso no había bastado para impresionar a Qui-Gon.

Si tan sólo pudiera aferrarse a la serenidad que le enseñaron en el Templo. Como aprendiz Jedi, sabía que debía aceptar con calma lo que la vida le deparase. ¡Pero su posición era enervante! Había completado su entrenamiento en el Templo sin que ningún Caballero Jedi le eligiese como aprendiz. Cuando llegase su décimo tercer cumpleaños sería tarde para ello. ¡Y sólo faltaban tres semanas!

Parecía que su destino era ser granjero, no guerrero o pacificador. Creía estar empezando a aceptarlo, pero seguía resultándole muy duro. No podía dejar de pensar que su destino debía de ser muy diferente.

Era evidente que Qui-Gon no pensaba igual. Y se comportaba como si el hecho de salvarle la vida hubiera sido un simple gesto amistoso, como quien ayuda a arreglar un cierre roto. Su lealtad y dedicación eran recibidos por él con educada aceptación; nada más.

Qui-Gon se volvió ligeramente, y Obi-Wan estudió su perfil. Los temores y preocupaciones del Caballero Jedi llenaron la habitación con la creciente luz. Esa situación había empezado cuando recibió la nota. La había hecho pasar por el saludo de un viejo conocido, pero el muchacho no le creyó.

—Deberías vestirte. Ya es casi la hora de la reunión —dijo de pronto Qui-Gon, sin dejar de mirar por la ventana.

Obi-Wan suspiró mientras apartaba la ligera manta. No había movido ningún músculo, pero él había sabido que estaba despierto. Siempre iba al menos dos pasos por delante de él.

¿Por qué no le contaba lo que pasaba? ¿Se debía al mensaje, o es que se estaba cansando de él? Ansiaba preguntárselo, pero una de las normas más serias de los Jedi era la de no interrogar a un Maestro. La verdad puede

tener un gran poder, por lo que se debe sopesar con cuidado la decisión de compartir una verdad. Sólo el Maestro podía decidir si revelarla u ocultarla, en función del bien mayor. Por una vez, se alegró de que hubiera una norma que lo contuviera. Temía la respuesta a sus preguntas.

* * *

Obi-Wan siguió a Qui-Gon hasta la sala de recepciones del Gobernador. Le sorprendió y animó que el Caballero Jedi lo hubiera invitado a la reunión. Quizá eso significara que reconsideraba la posibilidad de aceptarle como aprendiz.

Esperaba encontrar una estancia lujosa, pero apenas era una sala de piedra desnuda de no ser por un círculo de cojines en el suelo. Bandomeer no podía permitirse el impresionar a sus invitados.

En la sala entró SonTag, Gobernadora de Bandomeer. Llevaba los cabellos plateados cortados en crestas, al estilo meeriano. Su mirada oscura se clavó tranquila en el Jedi. Era pequeña, como todos los meerianos, y Qui-Gon parecía enorme a su lado. La escasa estatura de los meerianos los convertía en grandes mineros.

Levantó ambas manos, con las palmas hacia arriba, al estilo meeriano. Qui-Gon y Obi-Wan imitaron el gesto.

—Se os saluda y se os da la bienvenida —dijo con suavidad.

Señaló a la joven que tenía a su izquierda. El cabello cortado de la mujer más joven también era de un color pálido, y sus ojos plateados se clavarón en ellos desde el otro lado de la sala. Pese a estar inmóvil, su energía personal parecía emitir una vibración a través del aire.

—Ésta es VeerTa. Es la directora de la Mina del Planeta Natal.

Los Jedi saludaron a la mujer de la misma manera. Les habían informado sobre ella. Era una feroz patriota que jugó un papel importante en la formación del Partido del Planeta Natal, cuyo objetivo era replantar los antaño fértiles campos de Bandomeer, además de controlar sus recursos. El primer paso consistía en acabar con la dependencia financiera de las corporaciones extraplanetarias. VeerTa se había asociado con los arconas para poder alcanzar este fin.

SonTag señaló los cojines en los que debían sentarse los Jedi, reclinándose a su vez. Poco a poco, los asientos de SonTag y de VeerTa se elevaron en el aire para que sus ojos pudieran estar a la misma altura que los de Qui-Gon y Obi-Wan.

—He pedido a VeerTa que esté hoy aquí porque vuestra presencia nos tiene muy confusas —empezó a decir SonTag—. Aunque os damos la bienvenida, debemos admitir que vuestra llegada nos sorprende. Sabemos que

los Cuerpos Agrícolas han pedido vuestra ayuda, pero nosotras no lo hemos hecho.

Qui-Gon parecía sorprendido.

—El Templo recibió una petición oficial del Gobierno de Bandomeer para que se enviara un Guardián de la Paz. Traigo la documentación conmigo.

—Estoy segura de que es así —repuso con firmeza SonTag—. Pero yo no la envié.

—Esto es muy extraño —murmuró el Jedi.

—A pesar de ello, nos alegra vuestra presencia —dijo VeerTa con voz quebradiza—. Dudamos que la Compañía Minera de Offworld nos permita actuar libremente. Digamos que es conocida la tendencia a desaparecer que tienen los rivales de la corporación.

—Les he visto actuar personalmente —respondió Qui-Gon—. Estoy de acuerdo.

La voz del Jedi era neutra, pero Obi-Wan sabía lo mucho que desaprobaba el Caballero los métodos de esa corporación. Durante el viaje a Bandomeer, el muchacho se había sorprendido por lo abiertamente que la Offworld empleaba la intimidación, la amenaza y la cruda violencia para controlar a sus empleados. El hutt Jemba había privado a un grupo de arconas de la preciosa sustancia que los mantenía con vida. Les ofreció una elección brutal: trabajar para Offworld, o morir. Hasta se rió en sus narices, cuando estaban demasiado débiles para poder moverse.

—Entonces comprenderá que queramos tener un representante Jedi en nuestra primera reunión con Offworld —dijo VeerTa—. Vuestra presencia garantizará el juego limpio por parte de todos.

—Estaré encantado de contribuir en lo que me sea posible —repuso Qui-Gon con una inclinación de cabeza.

La excitación se apoderó de Obi-Wan. Era evidente que esa reunión sería importante. Estaba en juego el futuro de un planeta. Además, dado que el grupo del planeta Natal tenía a los arconas como socios, seguramente volvería a ver a Clat'Ha y Si Treemba. Había hecho amistad con ambos en el viaje a Bandomeer. Seguro que Qui-Gon querría que estuviera presente en esa reunión.

—Mi compañero viajará hasta la Zona de Enriquecimiento Occidental —dijo el Caballero Jedi, señalando al muchacho—. ¿Pueden encargarse de que tenga transporte?

Obi-Wan apenas escuchó el asentimiento de SonTag. Una punzada de rabia empezó a insinuarse bajo su frustración. ¡Qui-Gon se encargaba de

salvar el planeta mientras él miraba cómo crecían las plantas! Al final acabaría siendo granjero.

Se había aferrado a la esperanza de que las aventuras vividas durante el viaje anularan su misión original. Pero era obvio que él seguía sin creer que pudiera llegar a ser un buen Caballero Jedi. ¡Le enviaría a una granja antes que tomarle como padawan!

Combatí su ira. El Maestro Yoda le había dicho que a veces la ira no tiene que ver con los demás, sino con uno mismo:

—Cerrar la boca y abrir los oídos debes —le había dicho Yoda—. Entonces, lo que busca tu verdadero corazón sabrás.

Bien, pues en ese momento su verdadero corazón quería gritar y desahogar su frustración.

Qui-Gon extendió las manos, con las palmas hacia arriba, y a continuación las puso boca abajo. Era el gesto de despedida de los meerianos. SonTag y VeerTa repitieron el saludo. A nadie parecía importarle lo que hiciera Obi-Wan y, a propósito, no hizo el gesto de despedida.

Esta falta de cortesía era una severa infracción para un pupilo Jedi, pero el Maestro no dijo nada mientras caminaban por los salones de la residencia hasta llegar a la puerta principal.

El aire enfrió las acaloradas mejillas de Obi-Wan cuando el Caballero y él se detuvieron en los escalones. Esperó a que el veterano Jedi le dirigiera una reprimenda. Así podría señalarle que deseaba quedarse en Bandor. Podría argumentar sobre su posición y ofrecerle su ayuda.

—Quienes no parecen fijarse en ti, normalmente se fijan —dijo el Caballero Jedi mirando a la lejanía---. Decidieron no evidenciarlo. O bien tenían mayores preocupaciones en mente. No es razón para ser descortés.

—Pero, yo...

—Veo que tu descortesía nace de la ira —continuó diciendo, con el tono grave y suave habitual en él—. La ignoraré.

Palabras furiosas acudieron a la mente del muchacho. ¿Por qué la mencionas entonces, si has decidido ignorarla?

Qui-Gon miró directamente a Obi-Wan, por primera vez.

—No intervendrás bajo ninguna circunstancia, en cualquier situación relacionada con mi misión, ni actuarás sin hablar antes conmigo.

Obi-Wan asintió.

La mirada de Qui-Gon recorrió las torres mineras de Bandor.

—Las cosas rara vez son lo que parecen —murmuró.

—Por eso quisiera...

—Vamos a empaquetar tus cosas. Debes coger ese transporte.

Echó a caminar con energía, seguido con más lentitud por el joven. Este veía cómo su oportunidad de ser un Caballero Jedi se disolvía en el frío aire gris.

Capítulo 4

Xánatos no fue un estudiante fácil, aunque era muy joven cuando dejó Telos, recordaba que provenía de una familia poderosa en un planeta poderoso. Usó esa influencia para intentar impresionar a los demás estudiantes, la mayoría con un pasado menos privilegiado.

Qui-Gon fue paciente con este defecto, considerándolo un fallo infantil que desaparecería con el tiempo y el aprendizaje. La mayoría de los estudiantes que llegaban al Templo echaban de menos a sus familias y a sus planetas natales. Muchos inventaban historias sobre su pasado o repetían historias oídas en otra parte. Qui-Gon se dijo que Xánatos no era diferente. Y el chico compensaba sus pretensiones con auténtico deseo de aprender y con una excelente aptitud para las habilidades Jedi. Cuando llegó el momento, Qui-Gon eligió a Xánatos como su aprendiz padawan.

* * *

Qui-Gon dio un paseo tras ver alejarse a Obi-Wan en su transporte. Su mente se concentró en la reunión que habían tenido. ¿Quién había podido falsificar una petición de intervención Jedi en los asuntos de Bandomeer? Si fue Xánatos, ¿con qué motivo? ¿Había conducido a Qui-Gon a una trampa?

Meditó en estas preguntas, pero sin encontrarles respuesta. Y no podía decirle a SonTag que les sería de poca ayuda por culpa de una misteriosa figura de su pasado que le tenía rencor. Sólo podía seguir adelante. La misión en Bandomeer era auténtica: SonTag y VeerTa necesitaban ayuda.

Éstas le enviaron un mensaje notificándole que la reunión tendría lugar en la Mina del Planeta Natal. Qui-Gon salió de su aposento cuando llegó la hora, y se encontró con SonTag en el vestíbulo.

—Me alegro de haberle alcanzado —dijo ella—. Hemos cambiado el lugar del encuentro. Pensé que era preferible que los dos bandos se encontraran en un lugar neutral. Quizá todo el mundo sea más educado si le damos un tono oficial a los procedimientos. —Y con una sonrisa añadió—: Al menos, eso espero.

—Esperemos que así sea—repuso Qui-Gon, acortando su larga zancada para acompañar su paso al de SonTag.

VeerTa les esperaba en la sala de recepciones. Llevaba el unitraje gris azulado de los mineros, además de una mirada de impaciencia.

—Este encuentro es una pérdida de tiempo —dijo bruscamente—. Offworld hará bonitas promesas y después las romperá.

—Yo estoy aquí para asegurarme de que no las rompan —respondió el Jedi.

Le gustaba la enérgica VeerTa y esperaba que el encuentro tuviera éxito, por su bien. Y por el bien de Bandomeer.

La puerta se abrió y entró Clat'Ha, la gerente humana de la Corporación Minera Arcona. Qui-Gon la saludó con una inclinación de cabeza. Ella le devolvió el saludo, y sus vividos ojos verdes le dedicaron una mirada llena de calidez. Habían sido aliados a bordo de la nave que se dirigía hacia Bandomeer; esperaba que pudieran seguir siéndolo aquí.

Esperaron varios minutos, pero el representante de Offworld no se presentó. El hutt Jemba había sido asesinado durante el viaje y nadie sabía quién podía ser el nuevo representante de la compañía. La estructura jerárquica de Offworld estaba envuelta en el misterio. Ni siquiera se sabía quién era el dueño.

Finalmente, una molesta SonTag hizo un gesto en dirección a los cojines.

—Empecemos ya la reunión. Si lo que intentan hacer es intimidarnos, no pienso seguirles el juego.

Todo el mundo tomó asiento. Los asientos hicieron los ajustes de talla para que todo el mundo estuviera a la misma altura. Clar'Ha y VeerTa empezaron por informar a SonTag de los progresos en la mina. Qui-Gon escuchó sus palabras, pero distraído por algo más importante. Había una alteración en la Fuerza. Se concentró en la alteración, inseguro de lo que podía significar. Las oscuras ondas eran una advertencia, pero ¿de qué?

De pronto, la puerta se abrió de par en par. Un joven se detuvo en el umbral. Su brillante capa negra estaba bordeada con un azul tan oscuro que era casi negro. Una cicatriz que asemejaba un círculo roto le marcaba la mejilla.

Qui-Gon miró al intruso a los ojos. El momento se dilató. Y entonces, para sorpresa del Jedi, Xánatos sonrió con alegría.

— ¡Viejo amigo! Así que has venido. Apenas me atrevía a esperarlo.

Xánatos avanzó hacia delante, apuesto y enérgico. Los cabellos negros le caían sobre los hombros y sus oscuros ojos azules armonizaban con el reborde de su capa. Le dedicó a SonTag un gesto meeriano de saludo e hizo una reverencia.

—Gobernadora, debo disculparme por mi demora. Mi transporte se ha visto retrasado por una tormenta de iones. Nada me era más importante que llegar aquí a tiempo. Soy Xánatos, el representante de Offworld.

—Veo que ya conoce a Qui-Gon —repuso SonTag saludándole con las palmas de las manos hacia arriba.

—Sí. He tenido esa fortuna. Pero hace muchos años que no le veo.

Xánatos se volvió hacia Qui-Gon e hizo una reverencia. El Jedi notó que no había burla en la reverencia. Sólo respeto. Aun así no confiaba.

—Recibí tu mensaje a mi llegada —dijo con voz neutral.

—Sí, me dijeron que te habían enviado de Coruscant. Y, al ser nombrado representante de Offworld, supe que nos encontraríamos. Nada me dio más satisfacción.

Qui-Gon estudió al joven. Cada palabra suya vibraba con sinceridad. ¿Qué estaba pasando?

—Veo que desconfías de mí —repuso Xánatos; y sus ojos azul medianoche miraron fijamente a su antiguo mentor—. Tu sentido de la precaución no ha cambiado con los años. Pero seguro que hubo aprendices que dejaron el camino de los Jedi sin merecer tu desconfianza.

—Todos los aprendices son libres de marcharse cuando quieren. Y lo sabes —dijo Qui-Gon con calma—. No hay desconfianza si se van de forma honorable.

—Por eso me fui. Era lo mejor para mí, y para los Jedi —dijo Xánatos reposadamente—. No conseguí hacerme a esa vida. Pero no siento ni un asomo de pesar por ello. No estaba hecho para llevar la vida de un Jedi. —De pronto, dedicó una sonrisa a las tres mujeres—. Valoro mi entrenamiento como Jedi, pero éste no me preparó para la impresión que recibí al dejar el Templo. Debo confesar que me descarrié unos cuantos años. Fue en esa época cuando me vio Qui-Gon por última vez.

¿Descarriado?, se preguntó el Caballero Jedi. ¿Es así como considera Xánatos esos años?

—Pero he cambiado. Offworld me ha dado la oportunidad de cambiar. —Xánatos se inclinó hacia delante, mirando a VeerTa—. Por eso la admiro, VeerTa. Offworld me envía a decirle que no interferirá en el proyecto de la Mina del Planeta Natal. Un Bandomeer más próspero y seguro es algo que conviene a todos. Admiro su liderazgo, porque también yo amo a mi planeta natal. Siempre llevo a Telos en mi corazón —repuso, llevándose la mano al pecho, y antes de mirar a SonTag—. ¿Os convencería de mi sinceridad que Offworld donase el diez por ciento de sus beneficios al esfuerzo de reclamación de Bandomeer?

SonTag parecía aturdida. Qui-Gon sabía que incluso sólo el diez por ciento de los beneficios de Offworld era una cantidad enorme. Nunca antes había entregado esa Corporación nada a una causa de caridad.

La oferta debía ser un truco. Qui-Gon desconfiaba de ella, pero se daba cuenta de que Xánatos se había ganado a SonTag y VeerTa. Sólo Clat'Ha

seguía dubitativa. Pero ella tenía más motivos para dudar de Offworld por haberse enfrentado recientemente a la compañía.

Xánatos pareció sentir la desconfianza de Clat'Ha. Clavó en ella sus penetrantes ojos azules.

—Al aceptar mi cargo en Offworld, lo hice en el supuesto de poder cambiar algunas políticas de la empresa. No creo en saquear planetas para abandonarlos una vez hemos obtenido todo lo que queremos de ellos. Nuestros actos en Bandomeer servirán como ejemplo de nuestra nueva actitud.

SonTag asintió.

—Es una actitud sabia. Y Bandomeer agradece vuestra ayuda...

De pronto, una enorme explosión hizo temblar la sala. VeerTa cayó derribada al suelo. Antes de que los demás pudieran reaccionar, Qui-Gon ya estaba en pie, sable láser en mano.

El Caballero Jedi sentía que la explosión había tenido lugar fuera del palacio. Corrió al ventanal. VeerTa se puso en pie y lo siguió.

Una gran nube negra tapaba la visión de la ciudad. Pero el viento arreció, despejando el paisaje.

Un hilacho de humo ascendía de los terrenos de la mina. Qui-Gon pudo ver un gran edificio en ruinas. Una torre minera había caído, y otra se ladeaba peligrosamente. Mientras miraban, se inclinó lentamente y cayó, aplastando un viejo edificio en el que debían residir los trabajadores. Qui-Gon vio figuras alejándose tambaleantes del desastre. Sabía que dentro habría gente atrapada.

Empezaron a oírse las sirenas, gimiendo ensordecedoras. VeerTa se tambaleó a su lado, sujetándose al antepecho para mantenerse erguida.

—Ha sido en la Mina del Planeta Natal —dijo en un susurro.

Capítulo 5

No empecé yo —decía Xánatos, cada vez que estallaba una pelea entre otro aprendiz, y él. En esos momentos, sus ojos azules se llenaban de pesar y sinceridad. Y Qui-Gon, portándose como un padre, siempre hacía por creerle.

Las manos de VeerTa se tornaron puños. Profirió un rugido ahogado y se lanzó contra Xánatos.

Sin que pareciera moverse, Qui-Gon se interpuso de pronto entre ellos, apartando a VeerTa. Atacar a Xánatos no produciría nada bueno. Qui-Gon sabía de primera mano lo feroz y volátil que era como luchador. VeerTa forcejeó contra la tenaza de hierro de la mano del Jedi.

—¡Tú hiciste esto! —escupió a Xánatos—. ¡Pagarás por ello!

Clat'Ha se puso al lado de VeerTa. Parecía estar muy calmada, pero sus ojos denotaban la misma ira.

—Claro que fueron ellos —dijo desdeñosa—. Es su estilo. ¡Cobardes!

Xánatos empalideció.

—Os aseguro que Offworld no ha tenido nada que ver en esto. Estoy seguro de que los hechos acabarán por probarlo...

— ¡Basta de mentiras! —gritó VeerTa, e intentó volver a atacarlo.

—Conservemos la calma —dijo SonTag con urgencia—. Debemos ir a la mina. Necesitarán ayuda.

—Sí, los mineros... —dijo VeerTa antes de salir corriendo.

* * *

Qui-Gon había visto anteriormente los efectos de una explosión. Siempre eran terribles. Se perdían vidas, los cuerpos quedaban mutilados, el ánimo deshecho. Sangre mezclada con cenizas y lágrimas. No sabía por qué, pero esta tragedia le parecía peor de lo normal. Quizá fuera porque los mineros habían excavado la mina en la roca y la tierra. Habían trabajado sin dinero, con la vista clavada en un esperanzador futuro que les costaba hasta imaginar.

Amontonaron los cuerpos en el patio. Qui-Gon trabajó incansable sacando víctimas de entre los escombros. Cuarenta mineros habían quedado atrapados bajo tierra, y rescatarlos fue un proceso concienzudo y peligroso.

La explosión había tenido lugar en uno de los túneles. El edificio principal de la administración había quedado completamente destruido, al igual

que las casas que rodeaban la mina. Oscurecía antes de que Qui-Gon y los demás hubieran conseguido evacuar a todos los heridos a los centros médicos.

Finalmente, no les quedó nada más que hacer. Clat'Ha le llevó a uno de los edificios, que aún se mantenían en pie, para que comiera y descansara. Allí se unió a VeerTa y Clat'Ha en la mesa, pero estaban demasiado agotados y pesarosos para comer nada.

—Nuestro sueño ha muerto —dijo VeerTa. Tenía el rostro sucio por el polvo y el barro.

—No —respondió Clat'Ha con suavidad—. Eso es lo que ellos quieren que creamos. Podemos reconstruirlo todo.

La puerta se abrió, y entró SonTag. También ella había estado ayudando en la mina. Llevaba la túnica, de color rojo y oro, sucia y manchada de sangre.

—Tenemos noticias sobre las causas —anunció con calma—. No lo hizo Offworld. Fue una mezcla de gases en un túnel subterráneo.

—¡Imposible! —exclamó VeerTa medio levantándose—. Tenemos sensores...

—El sensor estaba averiado. Fue un fallo mecánico. Los ingenieros están seguros de ello.

Clat'Ha y VeerTa miraron incrédulas a SonTag.

—Entonces, ¿fue culpa nuestra? —preguntó VeerTa aturdida.

—Me temo que eso parece —replicó SonTag—. ¿Podían sabotear el sensor?

VeerTa negó con la cabeza.

—Hay guardias en la mina las veinticuatro horas.

SonTag extendió las manos.

—Los fallos mecánicos son uno de los riesgos de la minería.

Qui-Gon no estaba tan seguro. Algo raro había en todo el asunto.

Alguien llamó entonces a la puerta. Un minero le entregó un mensaje a SonTag. Ella lo leyó, y lo arrugó en la mano.

—¿Malas noticias? —preguntó Clat'Ha.

—No; sólo sorprendentes —dijo lentamente SonTag—. Xánatos ofrece los recursos de Offworld para reconstruir la mina. Dinero, androides, todo lo

que necesitemos. Y dará cobijo en edificios de Offworld a todo trabajador que se haya quedado sin techo.

—Entonces, era sincero —dijo VeerTa, sorprendida.

A Qui-Gon le preocupó esta noticia. Si era una trampa, era muy elaborada y cara. ¿Tanto estaba en juego para Xánatos? No podía estar haciendo todo esto para vengarse de Qui-Gon.

El lugar de la reunión se había cambiado en el último momento. El edificio principal había quedado completamente destruido. Todos habrían muerto, de no haber cambiado SonTag de opinión.

Xánatos jugaba con ellos. Y Qui-Gon sólo deseaba saber cuál era el objetivo del juego. Pero sólo estaba seguro de una cosa: para Xánatos los juegos no tenían reglas.

Capítulo 6

Obi-Wan estaba aburrido. No lo soportaría, gritaría incluso, si le tocaba otro viaje a la búsqueda de esporas.

Sabía que los Cuerpos Agrícolas hacían un trabajo importante. Pero, ¿qué pintaba él allí?

Los Cuerpos Agrícolas habían construido un domo gigante en medio de la tierra marrón y cuarteada. Alrededor del domo había laboratorios científicos y casas para los trabajadores. En los laboratorios y los centros de administración había entradas al domo en sí. Todo el mundo trabajaba por el bien del planeta. No se permitía que intereses ajenos controlaran las investigaciones, o que obtuvieran beneficios de cualquier descubrimiento.

Obi-Wan habría encontrado interesante toda la operación de no ser por el hecho de que su guía, un meeriano llamado RonTha, era la criatura más aburrida que había conocido nunca. A RonTha le fascinaban cosas como los injertos y los brotes, pudiendo hablar de ellas durante horas de forma robóticamente monótona. Y lo peor es que lo hacía.

El único momento especial de su estancia era que Obi-Wan estaba a punto de reunirse con su amigo Si Treemba, el arcona que conoció en el viaje.

Los arconas nacían en nidos y se criaban en comunidades cerradas. No tenían muy desarrollado el sentido de la individualidad, y no solían relacionarse con extraños. Pero Si Treemba había establecido un profundo lazo afectivo con Obi-Wan, poniéndose de su lado contra hutts y piratas togorianos. Su decisión de aliarse con él, en contra de los jefes hutt de Offworld, casi le había costado la vida. Si Treemba había encontrado su propia valentía individual en el proceso.

Obi-Wan se dirigió al centro administrativo, donde debía reunirse con RonTha y Si Treemba. Vio que su amigo lo esperaba y corrió a saludarlo.

—Me alegra volver a verte, mi buen amigo —dijo, estrechándole ambos brazos.

El arcona tenía un sólido cuerpo serpantino con esbeltos brazos y piernas.

—Somos benditos por verte, Obi-Wan —respondió.

Sus grandes y brillantes ojos brillaban de placer. Los arconas rara vez, por no decir nunca, usaban el pronombre "yo".

Clat'Ha había enviado a Si Treemba a supervisar las investigaciones con los díctilos. Los arconas necesitaban ese cristal amarillo para sobrevivir, y los Cuerpos Agrícolas intentaban encontrar el modo de incorporarlo a la provisión de comida. Era inusual que un miembro de su especie viajara solo, pero Si

Treembra se había convertido en un arcona inusual. Clat'Ha sabía que podía confiar en él.

RonTha se acercó, consultando un datapad mientras caminaba.

—Hoy tenemos previsto recorrer el cuadrante norte del gran domo —les dijo en tono mecánico—. Tenemos que ver muchos y fascinantes experimentos con semillas. Permanezcan siempre a mi lado, y no toquen nada.

RonTha entró el primero en el domo. El vasto espacio cerrado estaba iluminado por un sol artificial, en realidad una batería de focos situada en la parte más alta de la instalación. Fuera del domo todo era un terreno seco y árido, pero dentro estaban rodeados por la hierba y las susurrantes espigas. Los jardineros se desplazaban de un lugar a otro, cargando con semilleros o con macetas.

Deslumbrados por la luz y el calor, Obi-Wan y Si Treembra siguieron a RonTha mientras éste enumeraba los muchos experimentos agrícolas que tenían lugar allí.

—Tanto hablar de comida nos está dando hambre —le susurró Si Treembra a Obi-Wan.

—Sí que la tenemos, sí —concedió Obi-Wan, tragando saliva al ver el grupo de árboles que tenían delante.

Grandes frutos dorados colgaban de sus muchas ramas al alcance de la mano.

Un pequeño monitor del cinturón de RonTha empezó a brillar.

—Me llaman del edificio de la administración —les dijo, apagándolo—. Tenéis libertad para ir donde queráis, pero sin dejar el sendero. ¡Y no toquéis nada!

Tras decir esto, se marchó corriendo.

—¿Tú crees que cuando dijo que no tocáramos nada se refería a la fruta? —preguntó Obi-Wan, mirando hacia los cultivos.

—Es difícil decirlo —repuso Si Treembra, meneando nervioso la cabeza.

—Seguramente no.

Obi-Wan miró a su alrededor antes de coger con rapidez un fruto amarillo. Se lo tiró a su compañero, cogiendo luego otro para él.

—No deberíamos hacerlo —repuso el arcona, mordiendo la fruta.

—Mmmffff—Obi-Wan agitó una mano quitándole importancia, mientras masticaba.

El fruto era dulce y suculento, con un regusto fresco. Era la fruta más deliciosa que había probado Obi-Wan.

—Será mejor buscar un lugar más escondido donde comérnoslo —dijo.

En ese momento, los dos amigos oyeron pisadas. Intercambiaron miradas culpables con la boca llena, y el aprendiz de Jedi indicó con un gesto brusco de la cabeza que se ocultaran tras los árboles.

Los que llegaban eran un grupo de jardineros con cestos. Se dirigían al huerto.

—Uh-oh —susurró Obi-Wan—. Será mejor salir de aquí.

No quería que su misión acabara con un problema disciplinario. Ya había tenido suficientes problemas en el viaje desde Coruscant.

—¡Eh! —gritó uno de los jardineros—. ¡Vosotros!

Si Treemba se atragantó y soltó el fruto, resbalando en él al intentar huir. Obi-Wan lo levantó y corrieron a través del huerto, hasta llegar a un campo de espigas. El joven arrastró a su amigo hasta el refugio que proporcionaban las altas plantas.

—Habrá que atajar a través de las espigas para volver al camino principal —repuso entre jadeos.

Corrieron entre las hileras de plantas, buscando una salida. El campo era mucho más grande de lo que habían previsto; todo lo que tenían a la vista eran matas verdes, y el artificial cielo azul de arriba.

Finalmente atravesaron la última hilera. De pronto, Obi-Wan sintió que sus pies resbalaban en algo húmedo y pantanoso. El suelo desapareció bajo ellos y por un momento le pareció volar en el aire. Si Treemba le siguió. Grumos de barro salpicaron sus rostros y sus túnicas. Cuando finalmente aterrizaron, se deslizaron hasta chocar con lo que parecía un enorme montón de tierra.

—¿Qué es este olor? —dijo Si Treemba, limpiándose el ojo de tierra—. Huele peor que un bantha en un día de mucho calor.

—Creo que hemos encontrado el fertilizante —gimió Obi-Wan, arrastrándose fuera del montón.

Los dos amigos examinaron lo que les rodeaba. Detrás de ellos estaba el campo. Delante una pared blanca.

En la pared había algo que resultaba preocupante para Obi-Wan. Era alta y lisa, curvándose hasta perderse de vista alrededor de la pila de fertilizante.

Se acercó a la pared y posó las manos contra ella. La superficie era fría como el metal. Al apartar la mano vio por un instante, para su sorpresa, que su tacto había provocado una transparencia. Pasó en un abrir y cerrar de ojos, demasiado fugaz para poder ver lo que había dentro.

—¿Qué haces? —preguntó impaciente Si Treemba, emitiendo el siseo arcona de la ansiedad—. Vamonos. Este olor nos matará.

Si Treemba no había visto el parpadeo de la pared. Quizá tenía que ver con la Fuerza.

—Un momento —dijo Obi-Wan—. Creo que esto puede ser otra salida.

Palpó con cuidado la pared, contemplando cómo sus dedos dejaban una transparencia brillante a su paso. Nunca había visto un metal con esa cualidad. Por fin encontró lo que buscaba: una abertura. La siguió con el dedo. Era una puerta.

Manteniendo las manos pegadas a la puerta, sintió la energía de las cosas vivas que le rodeaban, las espigas y los frutos, la gente, la isla orgánica y fértil que era el domo.

Si Treemba se quedó boquiabierto cuando toda la pared se volvió transparente. Y entonces resultó evidente que consistía en un anexo que llegaba hasta la pared del domo. Obi-Wan pudo ver bolsas de fertilizante y cajas de carga de diversos tamaños.

Todo parecía inocente. Pero, entonces, ¿por qué se había escondido tanto? Obi-Wan empujó hábilmente la puerta, abriéndose con un suave zumbido electrónico.

Si Treemba volvió a sisear nervioso. Sus ojos pálidos parpadearon.

—¿Estás seguro de que debemos entrar?

—Tú quédate aquí. Estáte atento. Volveré enseguida.

Entró en el espacio. Las paredes se volvieron opacas al instante. Era como estar dentro de un cubo blanco. Se agachó para examinar las etiquetas de las cajas. Eran negras y de forma triangular, mostrando un planeta rojo con un holograma de nave espacial en su órbita.

La reconoció al instante: Offworld. Se inclinó para leer las marcas de los laterales. Fue de caja en caja, leyendo las etiquetas con descripciones. Explosivos. Turbobarrenas. Detonadores. Perforadores de túneles. Granadas biológicas.

Todos eran suministros mineros. Pero estaban en terrenos protegidos de los Cuerpos Agrícolas, y éstos tenían estrictamente prohibido colaborar con empresas lucrativas. ¿Habrá aquí alguien trabajando para Offworld?

—¡Date prisa, Obi-Wan! —le gritó Si Treemba—. ¡Apestamos y queremos tomar una ducha!

El aprendiz de Jedi vio en una esquina una pequeña caja que se le había escapado. No tenía etiquetas, sólo un ícono metálico que servía de cierre. Era un círculo roto.

Ya había visto suficiente. Obi-Wan se deslizó entre las cajas hasta llegar a la puerta.

—¿Qué es eso? —le preguntó su amigo.

—Un almacén secreto de Offworld. Están preparando algo.

—¿Aquí? Pero si está prohibido —repuso el arcona, y su piel verdosa se tornó de un gris apagado.

—¿Desde cuándo les detiene eso? —comentó el muchacho con tristeza—. Volvamos. Debo contactar con Qui-Gon.

—¿Estás diciendo que no vamos a hacer nada? —preguntó Obi-Wan al titilante holograma de su Maestro.

—No hay nada que hacer. ¿Dijiste que la pared se volvió transparente con la Fuerza?

—Nunca había visto nada así. ¿Y tú?

—La información es interesante, nada más —repuso el Jedi, ignorando la pregunta—. No hay pruebas de que Offworld interfiera en las investigaciones de los Cuerpos Agrícolas.

—¡Para empezar, no deberían ni estar aquí! —dijo el muchacho, conteniendo un aullido de frustración—. Debería volver a Bandor. Offworld planea algo... algo grande. ¡Tenemos que investigarlo!

—No hay necesidad de ello —contestó cortante Qui-Gon—. Tu misión es informar de los progresos de los Cuerpos Agrícolas.

—¿Qué pasa con el círculo roto de la caja?

—Obedece las órdenes, Obi-Wan —replicó severo el Jedi—. Llámame de inmediato si encuentras pruebas de algún delito. No actúes por tu cuenta.

—Qui-Gon...

—¿Me has oído, Obi-Wan?

—Sí —respondió aquél reticente.

—Ahora debo irme. Manténme informado.

El holograma osciló antes de desaparecer. Obi-Wan contempló el espacio vacío donde antes flotara la imagen de Qui-Gon. Una vez más, su Maestro le había hecho callar.

Capítulo 7

Hubo un tiempo en que el círculo no estaba roto. Hubo un tiempo en que todo era lo que parecía ser. Un tiempo en que no había secretos.

* * *

El círculo roto. ¿Se había confundido Obi-Wan? ¿O estaba Xánatos relacionado con los Cuerpos Agrícolas?

No podía contárselo al muchacho. Éste exigiría explicaciones que no estaba dispuesto a dar. Era mejor mantener el pasado en el pasado.

Además, el muchacho debía aprender a tener paciencia.

Qui-Gon se dirigió a la Mina del Planeta Natal. Era asombroso todo el trabajo que se había hecho desde la explosión. Estaba previsto que la mina volviera a funcionar en sólo una semana. Offworld había hecho honor a su promesa, facilitando dinero y androides. Ya habían despejado los escombros de los túneles, y se trabajaba para dejarlos operativos.

Clat'Ha le saludó desde el otro lado del patio. Se dirigía a la mina con los trabajadores. Apenas se había detenido a comer o dormir desde la explosión.

Qui-Gon abrió la puerta de la oficina provisional, un cobertizo metálico levantado apresuradamente. VeerTa estaba ante un monitor que registraba los pormenores de la operación. Cuando se giró en la silla, vio que su rostro estaba iluminado por la excitación.

—Tenemos buenas noticias —repuso en un tono bajo que latía de excitación—. La explosión nos hizo un gran favor, Qui-Gon. Abrió un agujero a una profundidad mayor de la que habíamos llegado. Hemos descubierto una veta de ionita.

El Jedi estaba impresionado. La ionita era uno de los minerales más valiosos de la galaxia.

—¿Sabe lo que esto significa? Nadie había encontrado antes ionita en Bandomeer. Sólo rastros de ella. Nuestro principal recurso mineral es la azurita —comentó la mujer, inclinándose hacia delante, con mirada intensa—. La Mina del Planeta Natal será la única proveedora. Los beneficios son potencialmente enormes. ¡Esto puede salvar al planeta!

—Son buenas noticias —concedió el Caballero. Una cosa era encontrar un mineral valioso, y otra poder controlar a quien lo trajese.

—Piensa en los problemas que desencadenará esto —repuso ella maliciosa—. Debemos mantenerlo en secreto. Aún no se lo he contado a los miembros de la directiva. Sólo lo sabe Clat'Ha. Si Offworld lo descubriese, nos

echaría del negocio y se quedaría con la veta. La explosión destruyó toda la azurita que habíamos extraído ya. Técnicamente, estamos en la bancarrota.

—¿Cuál es su plan?

—Tenemos dinero gracias a Offworld. Es cierto que nos lo dieron para comprar nuestra confianza al ayudarnos a reconstruir la mina, pero podemos usarlo para extraer la ionita. Sólo necesitaremos unas semanas para que todo vuelva a estar operativo. Entonces, Offworld no podrá detenernos.

El rostro de VeerTa brillaba por la determinación. El Jedi se permitió sentir su entusiasmo, pero al mismo tiempo se preguntó por qué le hacía partícipe de ese secreto. Esperó, sabiendo que seguiría hablando.

—Deje que le muestre lo que encontramos.

Se dirigieron a la mina. Ella le entregó un casco protector y le condujo al ascensor sur.

—La región K es segura —le aseguró—. Hemos conseguido apuntalar el Núcleo 6. Los sensores indican que la nueva veta está debajo de él. Es un nivel al que aún no hemos llegado.

K-7. Núcleo 6. Qui-Gon miró sorprendido el panel de instrumentos del ascensor. A medida que descendían, cambiaban las luces del indicador. Núcleo JO. Núcleo 9. Núcleo 8. Núcleo 7...

La pesadilla resurgió en la mente del Jedi con todo su oscuro poder.

—¿Existe un Núcleo 5?

—No tenemos tecnología para bajar tanto —contestó ella, negando con la cabeza—. Está demasiado cerca del núcleo del planeta. Offworld tiene tecnología para excavar a mayor profundidad, pero nos descubriríamos si intentamos comprarla o alquilarla. Esperamos obtener suficiente ionita en el Núcleo 6.

La luz del Núcleo 6 se iluminó y el ascensor se detuvo. Qui-Gon salió del ascensor y giró a la izquierda.

—No —dijo VeerTa—. El túnel está bloqueado por ese lado.

Apretó un interruptor junto a la puerta y se encendieron las luces de las paredes de roca. El Caballero Jedi pudo ver entonces que el túnel era estrecho y de techo bajo, con una vía hidráulica corriendo por su centro. El túnel se curvaba a la izquierda para internarse en la negrura. La luz que arrancaba brillos de la roca negra azulada tenía un tono de pálido celeste, revelando así la presencia de azurita.

—Clat'Ha y yo bajamos a examinar los daños. El ascensor del túnel norte resultó dañado, pero volverá a funcionar en unos días. Antes tenemos que arreglar esto.

Se volvió a la derecha y fue la primera por el túnel. En su camino había un montón de piedras, y se había abierto un agujero en el suelo del corredor.

—La explosión debió reaccionar con gases que se encontraban en un nivel inferior. Por aquí estalló hacia arriba —repuso, inclinándose para coger una piedra. La arañó con una uña, y el Jedi pudo ver el apagado brillo plateado—. Fue Clat'Ha quien lo notó. Nos llevamos una muestra para estudiarla. Tuvo una coronada y acertó. Ionita. Bajamos sensores y descubrimos la cantidad que había.

—Deberán tener cuidado —dijo Qui-Gon—. Si Xánatos lo descubre...

—Por eso lo necesitamos a usted. Queremos que se una a la directiva de Planeta Natal. Offworld no se atreverá a hacer nada si usted está con nosotros. Tendrían que enfrentarse a un Jedi.

Qui-Gon negó con la cabeza.

—Los Jedi tenemos prohibido participar en cualquier empresa lucrativa. No podemos beneficiarnos de nuestra protección. Es una regla inviolable.

— ¡Pero piense en las riquezas que podrá llevarse! — insistió la mujer—. No tiene por qué quedársela. Puede donarlas.

—Lo siento, VeerTa. Ayudaré en lo que me sea posible. Pero no puedo hacer eso.

VeerTa pareció decepcionada. Era evidente que no comprendía el papel de un Jedi.

—Entonces, deberé conformarme con eso —repuso, mientras sus ojos brillaban mirando al túnel que la rodeaba—. Nuestro futuro está aquí. Ruego porque tengamos éxito.

—Haré todo lo que esté en mi poder para que así sea.

Pero algo le decía a Qui-Gon que eso no sería tarea fácil.

Capítulo 8

Obi-Wan le contó a Si Treembra su conversación con Qui-Gon. El arcona asintió como si esperase algo así.

—Clat'Ha habría dicho lo mismo. Necesitamos más pruebas.

—Justo lo que yo pensaba.

Si Treembra se movió nervioso.

—La última vez que tenías esa mirada acabamos en una prisión hutt.

—Tranquilízate. Esta noche sólo exploraremos el anexo. Iremos a dar un paseo por el domo y llegaremos hasta allí. ¿Qué puede salir mal?

—Cualquier cosa —gimió Si Treembra.

* * *

Obi-Wan y Si Treembra se tumbaron en el campo de cultivo entre dos hileras de espigas. Colocaron una lona verde sobre sus cabezas para camuflarse y darse calor.

—Puedes echarte a dormir —dijo Obi-Wan—. Yo haré el primer turno.

—Ya que estás tan seguro... —murmuró el arcona, antes de cerrar los ojos.

Un momento después emitía el sonido apagado que hacen los arconas al dormir.

Obi-Wan se sentía emocionado por la incursión. Pero, apenas transcurrida una hora, se le empezaron a cerrar los ojos. ¡No podía quedarse dormido! Quizá lo despejase una pequeña excursión exploratoria.

Se deslizó fuera del campo, poniéndose en pie. Se sacudió el polvo mientras se dirigía a la puerta del anexo. Quería echar otro vistazo a la caja sellada con el círculo roto. Algo le decía que Qui-Gon había reconocido la marca. A lo mejor existía una manera sencilla de abrirla sin que nadie lo notara.

Una vez más volvió a usar la Fuerza para abrir la puerta. Todo estaba tal y como lo había dejado. Se dirigió hacia la caja.

Al llegar hasta ella, oyó un ruido detrás. Se dio media vuelta y vio que se acercaba una figura encapuchada. Al principio pensó que sería Si Treembra envuelto en la lona, pero pronto se dio cuenta de que era un desconocido con una brillante capa negra.

—¿Quién eres? —le preguntó. Sentía una perturbación incómoda de algo oscuro en la Fuerza.

—Un amigo —repuso la figura encapuchada—. Alguien que una vez fue como tú. Yo también fui su aprendiz.

Dijo esto, descubriendose la cara. Sus ojos azules eran cálidos y amistosos.

—¿De Qui-Gon? —preguntó Obi-Wan con suspicacia—. Yo no soy su padawan. Y todo el mundo dice que su padawan murió.

—¿Es lo que dicen? Pues, aquí estoy. ¿Qué más dicen?

—Que su padawan trajo la desgracia a los Jedi. Y que le traicionó.

—¿Ésa es la versión de Qui-Gon? —preguntó, con ojos que ardían con fuego azul, pero las rígidas arrugas de su rostro se relajaron a continuación—. Yo fui su padawan. Por tanto, sé por lo que pasas cada día, Obi-Wan Kenobi. Sé que esperas su aprobación. Su confianza. Pero él te las niega. Se envuelve en una piel de hielo. Cuanto más intentas complacerle, más se distancia él de ti.

Obi-Wan no dijo nada. Esas palabras parecían brotar de su propio corazón. Era exactamente lo que le pasaba por la mente en sus peores momentos.

Xánatos miró compasivo al muchacho.

—Yoda le alaba. El Senado Galáctico depende de él. Todo el mundo ansia ser su aprendiz. Pero es un Maestro de la peor clase. Te niega su confianza al tiempo que lo exige todo de ti.

Obi-Wan escuchó estas palabras como en un trance. Qué cierto es, pensó. Una profunda ira se agitó en él, una ira que había estado dormida. Temía esa ira más que a cualquier enemigo.

—Me llamo Xánatos. ¿Te ha hablado alguna vez de mí?

Obi-Wan negó con la cabeza.

—No —dijo con voz suave, tras sonreír con tristeza y pesar—. Nunca lo haría. Me corresponde a mí contarte lo que me hizo. Cómo me educó, me mantuvo a su lado, prometiéndome siempre que ascendería. Pero, al final, rompió todas sus promesas. Algo que también te pasará a ti, Obi-Wan.

¿Sería cierto? ¿Acaso tras su frialdad se ocultaba la semilla de la traición? Había sentido el escalofrío que le provocaba la reserva de Qui-Gon, pero siempre lo había achacado al hecho de que no le había aceptado como discípulo. ¿Qué ocultaba tanto secretismo? ¿El bien o el mal?

—¿Por qué me cuentas todo esto? —preguntó temeroso.

—Lo hago para prevenirtre. Por eso he venido. Eres... —se interrumpió bruscamente. Alzó una mano, antes de susurrar—: Alguien viene.

De pronto, aparecieron cinco guardias de seguridad. Obi-Wan vio la insignia del planeta rojo en sus uniformes. ¡Eran de Offworld! ¿Qué hacía su fuerza de seguridad en el domo?

—Hemos encontrado a los ladrones —dijo uno de los hombres a su intercomunicador.

—No —repuso Obi-Wan—. Sólo somos...

Pero, para su sorpresa, Xánatos sacó un sable láser y cargó contra los guardias. Sólo los Jedi llevaban esas armas. Los guardias sacaron sus pistolas láser, y Obi-Wan no tuvo elección. Conectó su sable láser en un abrir y cerrar de ojos y se unió al combate.

Al enarbolar el arma, sintió su reconfortante peso en la mano y despojó a un guardia de su pistola. Sabía que Qui-Gon no quería que matase guardias de Offworld. Era algo que sólo empeoraría la mala situación de Bandor. Por tanto, luchó a la defensiva mientras Xánatos lo hacía atacando, girando en el aire para propinar incinerantes golpes. Pero también él parecía reticente a dar un golpe de muerte.

Xánatos debía tener muy olvidado su entrenamiento Jedi, pues dejó que lo arrinconaran en una esquina. Los guardias avanzaron hacia él con las pistolas láser preparadas. Obi-Wan saltó a lo alto de un montón de cajas y se lanzó contra el grupo, con el arma y los brazos extendidos. Dos guardias cayeron disparando, y sintió un dolor lacerante en el hombro. A pesar de ello, consiguió desarmar a un tercero.

Este sacó de pronto un electropunzón. Apuntó a Xánatos con él, mientras Obi-Wan corría para detenerlo. Pudo desviarla con su sable láser, para recibir él mismo en las costillas el doloroso golpe del arma. Un dolor cegador le recorrió el cuerpo. Aturdido, intentó recurrir a la Fuerza, pero alguien le golpeó por la espalda. Su visión se tornó gris y borrosa, y cayó de rodillas.

Lo último que recordó fue el sonido del golpe al caer al suelo.

Capítulo 9

Qui-Gon se dio cuenta de su error. Había estado ciego a los defectos de Xánatos. Consentía al chico. Lo aceptaba sin ver. Era un fracaso como Maestro, pues confiaba demasiado en su aprendiz. Había dejado que su orgullo le cegara ante lo que debía haber visto desde el principio.

* * *

Tras un tiempo de reflexión, Qui-Gon decidió preguntar a SonTag y VeerTa si habían visto una caja como la descrita por Obi-Wan. Las dos habían visitado muchas veces las Zonas de Enriquecimiento de los Cuerpos Agrícolas. Quizá había una explicación muy sencilla a lo que había encontrado Obi-Wan.

Qui-Gon describió la caja y VeerTa asintió.

—He visto una caja así.

—Yo también —repuso SonTag, pensativa—. En la Zona de Enriquecimiento del oeste. He estado allí hace poco.

—Yo creo que vi una en la Zona del norte. Estaba con otras cajas de equipo. Contendrá instrumental de los Cuerpos Agrícolas.

Era justo la respuesta que esperaba Qui-Gon. La caja no debía ser importante. Estaba a simple vista en otras zonas.

¿Por qué estaba preocupado, entonces?

Quizá porque estaba junto a equipo minero de Offworld. Sentía curiosidad por la posición que tenía Xánatos en la Corporación. Su antiguo aprendiz había sido extrañamente discreto al respecto. Si tenía un cargo importante, ¿acaso no habría presumido de su título?

Qui-Gon examinó los registros de la compañía. No pudo encontrar ninguna mención al nombre de Xánatos. ¿Qué significaba eso? O bien había mentido sobre su implicación, o bien su posición dentro de la compañía era secreta. Pero, ¿por qué?

Pulsó unas cuantas teclas más. El dueño de la compañía era anónimo, pero encontró un listado de los miembros del comité directivo. Reconoció la mayoría de los nombres, eran gobernantes de mundos que estaban prácticamente controlados por Offworld. Testaferros todos.

No había conseguido nada... todavía. Pero tenía una idea de dónde buscar.

Iba siendo hora de hacer una visita a las oficinas de Offworld.

* * *

La compañía no había intentado adornar su sucursal de Bandomeer. El edificio era un bloque negro y sin ventanas que recordaba las duras minas que lo rodeaban.

Qui-Gon entró en el vestíbulo central de paredes empedradas con azurita. Ese mineral era la única decoración. Un guardia de seguridad hutt se sentaba ante un cubo negro que hacía las veces de mesa. Su cuerpo rodaba fuera de los bordes de la tabla. Enfocó en el Jedi sus ojos muertos.

—Vengo a ver a Xánatos —dijo Qui-Gon.

—Fuera, desdichado —replicó, aburrido, el hutt—. Acude a tu supervisor inmediato con tus viles quejas. De todos modos, aquí no hay nadie. Xánatos está inspeccionando el cuadrante de la mina del norte.

El hutt sacó una pistola láser. Viva la hospitalidad corporativa. El Caballero Jedi no movió ni un músculo. Se concentró en la grácil mente del hutt, extrayendo energía de la Fuerza.

—Quizá debería esperar en su despacho privado.

—Usted debería esperar en su despacho privado —repitió el hutt en tono monocorde—. Tome el ascensor privado hasta el Horizonte Treinta.

—Deberían anularse los controles de seguridad.

—Todos los controles de seguridad serán anulados.

Qui-Gon entró en el ascensor con el cartel de PRIVADO. Sólo había un indicador para el Horizonte Treinta. El ascensor llegó al piso en segundos. El pasajero salió de él para encontrarse en una zona de recepción. Los asientos eran de piedra. La mesa cúbica estaba vacía.

No había ninguna puerta que condujese a otra sala; sólo una pared lisa y blanca.

Una pared blanca...

Poso la mano contra la pared. Al apartarla, vio una fluctuación momentánea que la hacía transparente.

La descripción de Obi-Wan estaba fresca en la memoria de Qui-Gon. Había leído sobre los avances tecnológicos de Telos, el planeta natal de Xánatos. Últimamente habían conseguido cubrir el acero transparente con una capa especial que lo volvía opaco. La pared recuperaba su transparencia normal con un impulso termoeléctrico.

Presionó la pared con todo su cuerpo y aquélla se volvió transparente. Podía ver la oficina que había al otro lado. Pero, ¿dónde estaba la puerta?

Qui-Gon invocó a la Fuerza y la sintió desplazarse en su interior como una oleada. La pared entera se tornó transparente. La puerta oculta se abrió. El muro volvió a hacerse opaco en cuanto estuvo dentro.

Era un sistema ingenioso, pensó mientras caminaba hacia el enorme escritorio de piedra. Xánatos podía controlar la transparencia de la zona de recepción, ver el interior de su despacho antes de entrar en él. Si un intruso conseguía superar los controles de seguridad, sería incapaz de esconderse en el despacho.

Qué propio de Xánatos. Algo que oculta a la vez que descubre. Había olvidado lo hábil que era su aprendiz con los secretos. Te revelaba algo, haciéndote creer que lo había contado todo. Pero lo que decía siempre era banal, y le servía para mantener ocultos sus mayores secretos.

El único mobiliario del despacho era la mesa de piedra. Qui-Gon apretó un botón, y de su superficie brotó un datapad. Entró en el sistema de archivos. Era holográfico, como sospechaba.

Los archivos aparecieron ante él. Repasó el directorio. No estaba seguro de lo que buscaba. Había un archivo sobre la Mina del Planeta Natal, y lo abrió. No encontró nada importante, sólo contenía un listado del dinero y los androides prestados a raíz de la explosión. Lo cerró.

Entonces vio un directorio sin nombre. Un ícono flotaba donde debía estar la etiqueta. Dos círculos rotos superpuestos el uno al otro. Al Jedi se le aceleró el corazón. Los dos círculos rotos podían leerse también como letras: C y O.

Compañía de Offworld.

Qui-Gon accedió al directorio, pero apareció una luz roja de aviso.

—Contraseña, por favor —dijo una voz.

Qui-Gon titubeó. Conociendo a Xánatos, sólo tenía una posibilidad de acertar. Y seguro que Xánatos habría preparado el holograma para avisarle si alguien intentaba acceder a él.

Era un riesgo. Pero tenía que asumirlo.

—Crion —dijo, usando el nombre del padre de Xánatos.

El directorio se abrió, y repasó la lista de archivos. Para su pesar, todos estaban escritos en clave. Nunca tendría tiempo de descifrarla. Y Xánatos sabría que había estado allí, si copiaba un documento.

Pero, de todos modos, había conseguido lo que buscaba. Qui-Gon cerró pensativo el sistema de archivos. Los dos círculos rotos formaban las iniciales

de la Compañía de Offworld. Puede que otros considerasen esto una coincidencia, pero él sabía que nada era casual con Xánatos. Sus instintos le decían que había encontrado a la persona que controlaba Offworld. Quizá hasta a su fundador. ¿Por qué quería mantenerlo en secreto? Para poder actuar con más facilidad, se dijo. Xánatos siempre había actuado de forma furtiva y con estratagemas para poder alcanzar sus objetivos. La cuestión era: ¿qué quería Xánatos?

Capítulo 10

Qui-Gon estaba seguro de que Xánatos estaba listo. Había pasado años con el chico, viendo cómo se convertía en un hombre. Su dominio del sable láser no tenía rival en su clase. Su habilidad para enfocar la Fuerza rivalizaba con la de su Maestro. Pasó las pruebas preliminares con una puntuación casi perfecta. Qui-Gon estaba listo para darle la bienvenida como Caballero Jedi. Fue un momento que le llenó de orgullo.

Pero Yoda no estaba seguro. Yoda dijo que aún se necesitaba una última prueba.

* * *

El holograma de Yoda se alzó ante Qui-Gon. La transmisión era clara. Sus pesados párpados pestañearon lentamente, haciéndole parecer aburrido, pero sus largas orejas se movieron. Qui-Gon había aprendido a reconocer eso como una señal de sorpresa en el Maestro.

—Así que Xánatos gran maldad podría planear, dices —dijo Yoda—. Que hayas descubierto esto, Qui-Gon, bueno es. Pero momento para actuar no es.

—Creo que planea apoderarse de Bandomeer. Este planeta carece de medios para combatirlo. Hay que impedirlo antes de que suceda.

—Pero, la seguridad tu preocupación es, ¿verdad? Moverte despacio exige. Pruebas de un plan no tienes. Leer los archivos no pudiste.

—Puedo leerle a él. A Xánatos.

—Ah, ¿tan seguro estás? Seguro de él siempre estuviste.

Qui-Gon guardó silencio. El Maestro le había reprendido a su manera. Sí, había estado seguro de Xánatos. Lo había defendido contra todas las amables advertencias que le había hecho Yoda. Nunca era inteligente rechazar sus consejos.

—Usar las tácticas de Xánatos en su contra debes. Él contigo juega. Seguirle el juego tienes. Darle oportunidad de equivocarse debes. Un error cometerá. Todo consiste en esperar.

—Sí. Ya veo el camino.

Qui-Gon se dispuso a cortar la comunicación, pero Yoda contuvo su mano.

—Una última cosa decir debo. Una pregunta es. ¿Por qué a Obi-Wan en la oscuridad has dejado? Nada sabe de esto, creo. Pero, aunque en diferente lugar, el mismo rastro que tú, sigue él.

—Es verdad. Pero aún no hay necesidad de que lo sepa. Eso le haría correr riesgos, y lo estoy manteniendo apartado del peligro.

—El aprendiz el peligro acepta cuando el Maestro acepta al aprendiz.

—Olvidas que yo no acepté a Obi-Wan —dijo Qui-Gon con frialdad—. No es mi aprendiz. Sólo estamos juntos en un planeta. Hay una diferencia.

Yoda asintió lentamente.

—La confianza diferencia es. Más fácil que el futuro cambiar el pasado es.

—Eso es ilógico —contestó el caballero irritado—. No se puede cambiar el pasado.

—Sí, lógico no es. ¿Por qué, entonces, hacerlo piensas?

Mientras seguía negando con la cabeza, Yoda cortó la comunicación.

Qui-Gon se detuvo ante la ventana y miró hacia el este, más allá de Bandor. Yoda le había forzado a cuestionarse sus motivaciones, como siempre. ¿Por qué había rechazado los esfuerzos de Obi-Wan por ayudarle? ¿Y si al no prevenirle contra Xánatos le había metido en un peligro mayor?

Se había equivocado. Aunque a veces tardaba demasiado tiempo en llegar a esta conclusión, siempre actuaba con rapidez cuando lo hacía.

Activó el intercomunicador y envió un mensaje a Obi-Wan. Normalmente, el muchacho respondía de inmediato. Empezó a preocuparse una vez transcurridos diez minutos. Envío un mensaje a Si Treemba. No obtuvo respuesta. Cerró los ojos, llamando a la Fuerza, y entonces lo sintió. Algo oscuro, un vacío. Obi-Wan estaba en peligro.

Alguien llamó a su puerta. Corrió a abrir, sabiendo de antemano que serían malas noticias.

En el umbral estaba Clat'Ha. Tenía revuelto el liso cabello pelirrojo, y había preocupación en sus ojos verdes.

—Si Treemba acaba de llamarme con noticias —dijo—. Obi-Wan ha desaparecido.

Capítulo 11

Tenía los ojos cerrados, y podía oír el fragor del mar. ¿O era el latir del corazón en sus sienes? Obi-Wan abrió los ojos con precaución. Se encontraba en un cuarto estrecho y alargado, de techo bajo, y rodeado de filas y filas de literas para dormir. La ropa de cama estaba enrollada al pie de cada litera. Estaba solo. No tenía el sable láser ni el intercomunicador.

Tenía el hombro y las costillas vendados y algo le rodeaba el cuello. Lo recorrió con los dedos. Era un collar. Lo notaba liso, sin cierres aparentes que le permitieran quitárselo. Zumbaba bajo la yema de sus dedos. Podía ser algún aparato curativo.

Levantó la cabeza y un dolor agudo le hizo soltar el aliento en un siseo. Respiró lentamente, calmando su mente, tal y como le habían enseñado. Aceptó el dolor. Le dio la bienvenida como si fuera un amigo que le informaba de que su cuerpo estaba herido. Le agradeció que le alertara y concentró su voluntad en curarse.

Uno o dos instantes después, el dolor aminoraba ligeramente, lo bastante como para permitirle incorporarse. Encima de él había una ventana estrecha. Se balanceó en la plataforma de dormir y se puso de puntillas para poder mirar por ella.

La desesperación le invadió. Ante él se extendía un enorme mar gris que se prolongaba por kilómetros. No había rastros de tierra. Ni de barcos. El mar sólo se veía interrumpido por la enorme plataforma en la que se encontraba.

Enseguida supo dónde se hallaba: en el gran mar de Bandomeer que cubría la mitad del planeta. Debía estar en alguna plataforma minera de alta mar. Las instalaciones mineras sólo se mencionaban en susurros. Eran lugares duros y peligrosos donde pocos trabajadores lograban sobrevivir.

—Así que ya has despertado.

Obi-Wan se volvió, sorprendido. En el umbral de la puerta había una criatura alta y de semblante triste. Tenía la piel oscura, pero parecía estar pelándose en parches blancos. Dos círculos blancos le rodeaban los ojos. Tenía brazos gomosos y extraordinariamente largos que le colgaban hasta por debajo de las rodillas.

—¿Cómo te encuentras? Me tenías preocupado —comentó, pero soltó una risita antes de que Obi-Wan pudiera responderle—. ¡Qué va! ¡Es mentira!

—¿Quién eres? —preguntó el muchacho.

Se sentía aturdido y ordenó a su mente que se despejara. Bajó con cuidado del lecho.

—Me llamo Guerra, aunque no tienes necesidad de saberlo. Soy phindiano. Aquí hay gente de todas las razas. Lo cual me recuerda algo, chico humano. Vamos.

Guerra alargó de pronto el brazo, por encima de dos literas hasta cerrarlo en la muñeca de Obi-Wan.

—No tengo todo el día. Enseguida llegarán los guardianes con electropunzones si no te preparo enseguida.

—¿Prepararme para qué?

—¿Para qué? ¡Para unas vacaciones en una luna de Syngia! — respondió con una risita—. ¡Qué va! ¡Es mentira! Para trabajar en la mina, claro.

—Pero si yo no soy minero —protestó el joven Kenobi, mientras Guerra le arrastraba hasta la puerta.

—Oh, lo siento mucho. En ese caso no tienes por qué trabajar —se burló, con su rostro parcheado—. En vez de eso, te arrojarán de la plataforma. Así podrás nadar un poco...

—¿Y qué?

—¡Muy bueno, chico humano! —Guerra profirió una risita y dio una palmada a Obi-Wan en la espalda, haciéndole recorrer todo el cuarto—. ¡Y qué! Que te tirarán para que te ahogues. ¡Pero la caída te matará primero! Ahora, ven conmigo.

Guerra le empujó a través del pasillo. Un viento frío golpeó su rostro. A su alrededor había montones de equipos de minería, con androides transportando taladros de vigas a un ascensor donde le esperaban varios trabajadores. Había guardias por todas partes de la plataforma patrullando con electropunzones y pistolas láser.

Mientras subían los escalones que llevaban al segundo piso, Obi-Wan se dio cuenta de que la plataforma era mucho más grande de lo que había creído, casi del tamaño de una pequeña ciudad. Hidronaves iban de un lado a otro entre las diferentes plataformas marinas que rodeaban la estructura principal.

Guerra le metió a empujones en un cuarto de suministros. Cuando el ser se frotó los ojos para examinar mejor el equipo, los parches blancos de los ojos se agrandaron. Obi-Wan se dio cuenta de que tenía la piel clara, pero estaba cubierta por el polvo y la suciedad de la mina.

Guerra le sorprendió mirándolo.

—Sólo hay duchas una vez al año, pero ¿por qué molestarse? Pronto tendrás mi mismo aspecto, chico humano.

—No soy minero, Guerra. Me han secuestrado y enviado aquí. Soy...

Guerra rompió a reír, y se golpeó las rodillas con sus oscilantes manos.

— ¿Secuestrado? ¡Qué horror! ¡Deja que alerte a las fuerzas de seguridad! ¡Oh, te he vuelto a mentir! ¿Cómo crees que llegué yo aquí? ¿Crees que me presenté voluntario? ¿No ves que somos todos esclavos? Al cabo de cinco años, te darán una paga que te permitirá comprar un pasaje para salir del planeta y volver a empezar de nuevo. Si sobrevives. Muchos no lo consiguen.

— ¿Cinco años? —preguntó Obi-Wan, tragando saliva.

—Es lo que pone en el contrato que firmaste —dijo Guerra—. Necesitarás un termotraje. Y un tecnocasco. Y herramientas...

— ¡Pero yo no firmé ningún contrato!

Guerra volvió a reírse mientras ponía un termotraje contra el muchacho y lo rechazaba por ser demasiado pequeño.

— ¡Deja de distraerme con bromas, chico humano! ¿Acaso firmé yo? ¡Falsificarán tú firma!

—Me llamo Obi-Wan Kenobi. Soy un aprendiz Jedi.

—Jedi, Kedi, Ledi, Medi —dijo el phindiano con un absurdo soniquete—. No importa quién seas. Podrías ser el príncipe de Coruscant, y nadie te encontraría aquí —añadió, lanzándole otro termotraje—. Éste tendrá que valerte. Ahora, busquemos un tecnocasco.

Obi-Wan cogió el traje. Estaba sucio y húmedo. No se imaginaba poniéndoselo. Ya estaba completamente aterido. La cabeza volvía a latirle, y se la tocó con cuidado. Se palpó la herida de la nuca. Tenía el pelo manchado de sangre. Las costillas le ardían.

Entonces recordó el collar.

— ¿Es esto algún aparato curativo, Guerra? —dijo, tocándose el collar.

Esta vez Guerra se derrumbó de risa en un montón de termotrajes. Se reía con tanta fuerza que perdía el aliento.

— ¡Ya has vuelto a hacerme reír, Obawan! ¡Un aparato curativo! —aulló de risa, antes de aclararse la garganta—. ¡Qué va! Es un electrocollar. Si intentas dejar la plataforma minera, ¡ga-coosh! ¡Estallarás en mil pedazos! E hizo un gesto con las manos simulando una explosión.

El aprendiz Jedi se tocó con cuidado el collar.

— ¿Los guardias pueden hacernos estallar?

—Ellos no. Los electrocollares se activan desde tierra firme. Por si tiene lugar alguna rebelión. Si vencíramos a los guardias, podríamos desmantelar los aparatos, ¿no? —explicó Guerra alegremente, sonriéndole con amabilidad—. Ellos sólo pueden golpearnos, electrocutarnos, aturdimos y arrojarnos por la borda.

—Qué alivio —murmuró Obi-Wan.

El phindiano le sonrió, enseñando los dientes amarillos.

—Me gustas, Obawan. Así que cuidaré de ti... ¡Ja! ¡Qué va! ¡He vuelto a mentirte! No confío en nadie y nadie confía en mí. Ahora date prisa antes de que lleguen los guardias y nos den un agujonazo. —Le golpeó con el dedo e hizo un sonido siseante, antes de lanzar una ruidosa carcajada—. No estés tan triste, Obawan. ¡Seguro que habrás muerto para mañana!

Obi-Wan se puso reticente el termotraje. Cogió el tecnocasco y se ciñó el cinturón de servoherramientas. No tenía otra opción. Todavía no. Tenía que buscar un modo de escapar. Guerra decía que no lo había logrado nadie, pero en ese sitio aún no había estado un Jedi. Tenía esperanzas.

Obi-Wan se despejó la mente. Dejó a un lado el miedo y la desesperación, y se concentró en el collar que le rodeaba el cuello. Seguro que podía usar la Fuerza para desconectar el aparato.

Se concentró, haciendo que la Fuerza que le rodeaba fuese al collar. Empleó en ello hasta el último vestigio de su entrenamiento y disciplina.

Pero el collar continuó zumbando con su electrocarga.

Igual estaba demasiado débil. Tendría que esperar un momento mejor.

Si sobrevivía...

Mientras volvía a cubierta, vio a un guardia lanzar una descarga contra un minero que había tropezado. ¿Cómo podría sobrevivir a esto?

Sigue la corriente, y lo conseguirás.

Las palabras habían acudido con claridad a su mente. Eran palabras de Yoda. Le bastó recordar la voz del Maestro Jedi para sentir valor y dejar a un lado la desesperación.

Obi-Wan irguió la cabeza. Era un Jedi. Se dejaría llevar por la corriente. Y sobreviviría.

Capítulo 12

Tenemos una última misión —fue todo lo que Yoda permitió que Qui-Gon le dijera a Xánatos—. Y después te convertirás en un Caballero Jedi...

Si Treemba no sabía nada. Clat'Ha dijo que se había dormido y, al despertar, vio cómo unos guardias de Offworld se llevaban a Obi-Wan. El aprendiz de Jedi estaba inconsciente. A Qui-Gon le dio un vuelco el corazón al conocer esta noticia.

Aunque Si Treemba no había visto a nadie que se pareciera a Xánatos, el Caballero Jedi sabía que estaba implicado. Había estado fuera de Bandor, y seguro que no era coincidencia. SonTag había informado ya de su regreso.

Yoda le había dicho que no se enfrentara a él directamente. Pero eso fue antes de saber que habían raptado a Obi-Wan. Las reglas del juego habían cambiado.

Por supuesto, debía contactar con Yoda, informarle, esperar instrucciones del Consejo Jedi. Pero no lo haría.

Estaba cansado de que jugaran con él. Esto no era sólo un juego. Xánatos estaba provocándole, desafiándole a una confrontación clara, y ahora había implicado al muchacho. El principal defecto de Xánatos como aprendiz había sido su exceso de confianza. Esperaba que continuara siéndolo.

Qui-Gon sabía que Xánatos supervisaba las operaciones de la mayor mina de azurita que tenía Offworld en las afueras de Bandor. Esperó al atardecer.

Vio a Xánatos dejar el pequeño y abarrotado edificio administrativo que se ocupaba de la mina y de la planta de refinado adyacente. Acababan de cambiar el turno, y la zona estaba despejada de mineros. Todos los administrativos se habían ido, tal y como esperaba Qui-Gon.

Pilas de escoria rodeaban el patio. Offworld nunca se molestaba en limpiar la zona de restos. El cielo era gris oscuro tirando a negro, pero aún no habían encendido las luces del patio, seguramente para ahorrar dinero. Todo el que llegara tarde a su turno debería encontrar el camino a la mina palpando.

Qui-Gon esperó a que Xánatos cruzara el patio. Entonces salió de entre las sombras de la pila de escoria para interponerse en su camino.

Xánatos se detuvo. No había sorpresa en su rostro. Nunca se permitiría aparentarla, ni siquiera en un patio desierto casi de noche, cuando su mayor y más antiguo enemigo aparecía como salido de la nada.

El Caballero Jedi no esperaba otra cosa.

—Si tienes planes para Bandomeer, deberías saber que he venido aquí a detenerte.

Xánatos apartó uno de los lados de su capa, y posó con gesto casual la mano en el mango de un sable láser. Xánatos había roto una regla solemne al conservarlo tras abandonar a los Jedi. Le dio unas palmaditas.

—Sí, todavía lo tengo. Después de todo, me entrené durante muchos años con él. ¿Por qué iba a renunciar a mi sable como un ladrón, cuando me merezco tenerlo?

—Porque ya no te lo mereces. Lo has manchado.

El rubor asomó en el rostro de Xánatos. El comentario había dado en el blanco. Pero luego se relajó, sonriente.

—Veo que sigues siendo un hombre difícil. Hubo un tiempo en que eso me preocupaba. Ahora me divierte —repuso, mientras caminaba en círculo alrededor del Jedi—. Al final fuimos amigos, mucho más que Maestro y aprendiz.

—Sí, lo fuimos —dijo Qui-Gon, siguiéndole con los ojos, moviéndose con él.

—Más razón aún para que me traicionaras. La amistad no significa nada para ti. Disfrutaste con mi sufrimiento.

—La traición fue tuya. Como lo fue el disfrutar del sufrimiento ajeno. Eso fue lo que descubriste en Telos. Yoda se había dado cuenta de ello. Por eso supo que fracasarías.

—¡Yoda! —Xánatos escupió el nombre—. ¡Ese troll enano! Cree que tiene poder. ¡Cuando ni siquiera ha soñado con la décima parte del poder que yo tengo!

—¿Qué tú tienes? ¿Cómo puedes tener ese poder, Xánatos? ¿No dices ser un simple gerente de una corporación, al que se envía para hacer la voluntad de su directiva?

—Yo sólo hago mi voluntad.

—¿Por eso estás aquí? ¿Es que Bandomeer es una prueba para tus habilidades?

—Yo no hago pruebas. Yo hago las normas. Bandomeer es mío. Lo único que tengo que hacer es alargar la mano y cogerlo.

Se acercó más aún, su capa se agitaba rozando al Caballero Jedi.

—Es un planeta pequeño. Galácticamente insignificante. Pero me llena de riquezas. Y podría hacer lo mismo contigo si olvidases las cansinas reglas de los Jedi. Pero no, Qui-Gon es demasiado bueno. No siente esa tentación. Nunca siente la tentación.

—Bandomeer no es de tu propiedad —respondió, apartándose a un brazo de distancia de su contrincante—. Siempre te confiaste demasiado. Esta vez has ido demasiado lejos.

—No. Ahora es cuando he ido demasiado lejos —repuso Xánatos con ojos brillantes, sacando su sable láser.

Una fracción de segundo después el sable láser de Qui-Gon zumbaba cobrando vida. Cuando Xánatos saltó para dar el primer golpe, el Jedi ya se movía para bloquearlo. Los sables entrechocaron y crepitaron. Qui-Gon sintió subir por su hombro la fuerza del golpe de Xánatos.

Éste no había perdido su habilidad en el combate.

Se había hecho más fuerte, y se movía con destreza y gracia. Su sable láser centelleaba, golpeando una y otra vez, siempre en un giro o una dirección sorprendente.

Qui-Gon se movió a la defensiva. Sabía que no podría cansar a su adversario, un método habitual en la estrategia Jedi. Éste tenía de su parte algo más que fortaleza, y el Caballero sentía el poder de su mente. Xánatos seguía en contacto con la Fuerza. Empleaba la energía del Lado Oscuro, no la del Luminoso.

Saltó a un lado para evitar otro envite. Xánatos lanzó una carcajada. Era el momento de cambiar las normas del combate. Se acabó el actuar a la defensiva.

Qui-Gon se lanzó contra Xánatos, con su sable láser zumbando y centelleando. Lanzó un golpe y otro, que paró su rival. El humo y el calor llenaban el aire. Xánatos volvió a reírse.

El Jedi empleó una cegadora serie de movimientos para poner a su contrincante contra la pared del edificio, pero éste saltó hasta la pila de escoria, dio una voltereta en el aire y aterrizó al otro lado de Qui-Gon.

—Destruíste todo lo que amaba —acusó Xánatos, atacando con el sable láser el hombro del Caballero y fallando por tan poco que le tocó la tela de la túnica—. Aquel día me destruiste, Qui-Gon. Pero yo renací más fuerte y sabio. Te he superado.

Sus sables volvieron a cruzarse, zumbando furiosamente. El Jedi sintió la descarga en el brazo, pero no titubeó. Su adversario intentó darle una

patada, pero la esperaba y se apartó. Xánatos perdió el equilibrio. Estuvo a punto de caerse, pero se recuperó a tiempo.

—Tu juego de piernas siempre fue tu debilidad —dijo Qui-Gon descargando un golpe contra el hombro de Xánatos. Éste se apartó, pero no sin hacer una mueca de dolor—. Si me has superado, sólo ha sido en tu mente.

Quizá fuera la chanza, quizás el hecho de que Qui-Gon le había hecho daño de verdad, pero el caso es que Xánatos se puso a la espalda el otro lado de la capa. En su otra mano apareció un segundo sable láser.

Qui-Gon, sorprendido, perdió la concentración por un instante. Ese sable láser sólo podía pertenecer a una persona.

— ¿Dónde está tu nuevo aprendiz? —dijo Xánatos burlón.

Así que él era el responsable de la desaparición de Obi-Wan. Ahora lo sabía con seguridad.

Xánatos amagó un golpe por la izquierda, para atacar por la derecha antes de volver a hacerlo por la izquierda. Qui-Gon recordaba ese movimiento de su estancia en el Templo y bloqueó fácilmente el golpe.

Estaba combatiendo el pasado. Su pasado. Quizá pudiera derrotar a Xánatos, pero así no ganaría la batalla. Ya sólo importaba el futuro. Y el futuro era Obi-Wan. El pasado podía esperar.

Qui-Gon hizo una pausa, sabiendo que su enemigo estaba dispuesto a pasar a otro nivel de la pelea, dispuesto a propinar un golpe de muerte, si podía.

De pronto, Xánatos dio media vuelta y, con tres largos pasos sobre la pila de escoria, se propulsó volando por el aire con los dos sables láser moviéndose hacia el caballero Jedi con cada músculo preparado para dar el golpe definitivo.

Sólo encontraron el aire. Qui-Gon se apartó, arrancando el sable láser de Obi-Wan de la mano desprevenida de Xánatos.

Y entonces, por primera vez en su vida, Qui-Gon huyó de un combate. Tenía que encontrar al joven Kenobi. El viento frío silbó en sus oídos cuando cruzaba el patio a toda velocidad.

Pudo oír la voz de Xánatos entre la neblina.

— ¡Huye, cobarde! ¡Pero no podrás escapar de mí!

— ¡Parece que ya lo he hecho!

La carcajada de Xánatos fue escalofriante.

—Sólo por ahora, Qui-Gon. Sólo por ahora.

Capítulo 13

Obi-Wan se esforzó durante dos noches y dos días en utilizar la Fuerza para desconectar su electrocollar. Sus heridas se curaban con lentitud. Su cuerpo estaba agotado por el trabajo en las minas.

Los mineros eran mantenidos en estado casi de inanición, pero los guardias golpeaban salvajemente con el electropunzón al primero que aflojaba el ritmo. Todos los guardias eran imbat, criaturas conocidas por su tamaño y crueldad, no por su inteligencia. Eran altos como árboles, con la piel como el cuero y fuertes piernas que terminaban en anchos dedos. Tenían la cabeza pequeña para su cuerpo y rematada en dos grandes orejas caídas.

Los ascensores llevaban a los mineros hasta debajo del lecho marino. Los pequeños túneles eran peligrosos. Las fugas eran frecuentes, y los pasadizos reventaban a veces, ahogando a quienes se encontraban en ellos. Pero lo que más temían los mineros era la entrada de aire viciado en los túneles, lo cual suponía una muerte lenta por asfixia.

—He esperado impaciente este día —comentó Guerra mientras esperaban su turno en el ascensor.

A Obi-Wan el corazón le dio un vuelco. Sabía que cada vez que Guerra se alegraba era porque le esperaban problemas. El phindiano se enfrentaba a los terrores de la mina tratándolos como si fueran una enorme broma a costa del joven Jedi.

— ¿Por qué? —preguntó temeroso.

— ¡A ver, tú! —gritó un guardia.

El joven Kenobi se puso rígido, pero el guardia se acercó a un meeriano que se había parado para ajustarse el cinturón de servoherramientas.

— ¡Deja de retrasar la cola! —bramó, atacándolo con el electropunzón. El minero gritó y se derrumbó al suelo. El guardia lo apartó de una patada—. ¡Nada de comida en tres días para éste!

Nadie intentó ayudar al meeriano. Todos sabían que entonces recibirían el mismo tratamiento. Obi-Wan se apretujó contra Guerra en el ascensor.

—Hoy iremos al subnivel más profundo —comentó Guerra—. Tiene rastros de ionita.

— ¿Qué pasa con la ionita?

—Hasta los rastros de ese mineral tienen carga alterna. Ni positiva, ni negativa, vacía. ¡Por eso! Los instrumentos se pueden apagar con ella. Y no darán la alarma si viene un flujo de aire malo. Hace que el trabajo sea más divertido. ¡Ja! Qué va...

Miró a Obi-Wan desde los círculos blancos de sus ojos.

—La semana pasada, la alarma de Bier se apagó por la elevada concentración de ionita —dijo otro minero—. Llevaba un acuataje mientras trazaba un mapa del lecho marino. Se quedó sin oxígeno y no consiguió volver al túnel.

Obi-Wan miró cómo descendían las luces del indicador. Él mismo sentía el vacío. Había desaparecido por completo. Estaba en las profundidades bajo el lecho marino, en un lugar donde a Qui-Gon no se le ocurriría buscarle.

Y en caso de que pudiera encontrarle allí... ¿podría llegar a salvarle? Las palabras burlonas de Xánatos resonaron en la mente de Obi-Wan. ¿Le traicionaría Qui-Gon, tal y como Xánatos afirmaba que había traicionado a su anterior aprendiz? ¿Le dejaría allí para que muriese?

* * *

A Obi-Wan le costaba imaginar algo peor que el agotador trabajo del día, sin embargo, los guardias relajaban el control por la noche. Los mineros necesitaban una válvula de escape, y la diversión elegida para ello era luchar. No tenían nada que perder, y hacían apuestas según un complicado sistema de reglas en torno a lo mutilado que podía quedar uno de los participantes. Un minero había perdido un ojo la noche anterior. Obi-Wan había aprendido a quedarse al margen.

Abandonó los cuartos de los mineros y encontró a Guerra en la cubierta de la plataforma. Hacía un frío cortante, pero el phindiano no parecía notarlo. Estaba tumbado en el suelo de metal, contemplando las estrellas.

—Algún día volveré allí arriba —le dijo a Obi-Wan.

El muchacho se sentó a su lado en la cubierta.

—Estoy seguro de que lo conseguirás.

— ¡Sí! Yo también lo estoy —dijo Guerra, antes de murmurar entre dientes—: Qué va.

—Tú has estado en toda la plataforma. ¿Has visto alguna vez una caja con un círculo roto en ella?

—Sí, seguro —respondió Guerra, para sorpresa de Obi-Wan—. Acabo de hacer el inventario. Encargan el trabajo de forma rotatoria para que nadie tenga oportunidad de robar nada. Había una caja así en la sala de explosivos. No estaba incluida en mi listado, pero los guardias me dijeron que me callara. Así que lo hice. ¡No soy idiota!

— ¿Crees que podrías llevarme hasta la sala de explosivos?

—Espero que sea una broma, Obawan —respondió, incorporándose—. ¡Te arrojarían de la plataforma por robar!

—No voy a robar nada. Sólo quiero mirar.

— ¡Una gran idea, Obawan! ¡Vamos! —dijo el phindiano con una sonrisa, antes de volver a tumbarse—. Qué va, es mentira... Yo no arriesgo el cuello por nadie, ¿recuerdas?

— ¿Y si conociera un medio de desmantelar tu electrocollar? Podríamos robar un bote y llegar a tierra.

El otro le miró de lado.

—Si eso es cierto, ¿por qué sigue zumbando tu collar, amigo mío?

—Puedo hacerlo. Sólo espero el momento oportuno. Créeme.

Sabía que podría dominar la Fuerza en cuanto se recuperase por completo de sus heridas. Tenía que ser así.

—Yo no confío en nadie —dijo Guerra con calma—. Nunca lo hago. Por eso sigo aún vivo desde hace tres años.

—Bueno, ¿qué podrías perder? Tú llévame ante el guardia, y después enséñame dónde viste la caja. Yo cargaré con toda la culpa si me cogen.

Guerra negó con la cabeza.

—El guardia no te dará nunca las llaves. Va contra las normas.

—Déjame eso a mí.

* * *

—Necesito comprobar el inventario —le dijo Guerra al guardia—. Necesito las llaves.

El guarda levantó el electropunzón.

— ¡Piérdete o te tiraremos por la borda!

Obi-Wan invocó la Fuerza. Sabía que no tenía poder para alterar objetos físicos. Pero contaba con que la mente pequeña y limitada del imbat cedería ante su voluntad.

—No es mala idea —dijo Obi-Wan—. Deberíamos volver a contabilizar los suministros.

—No es mala idea —repitió el guardia, tirándole las llaves electrónicas a Guerra—. Vuelve a contabilizar los suministros.

Guerra se quedó mirando al joven Kenobi.

— ¿Qué has hecho, Obawan?

—Da igual. Date prisa.

Guerra le condujo hasta la sala de explosivos. Abrió la puerta y Obi-Wan se apresuró a entrar.

— ¿Dónde está la caja? ¿Guerra? Dime donde está y márchate después.

El phindiano se detuvo en el umbral. Abrió mucho los ojos amarillos.

—Oigo pasos —susurró—. Es gente corriendo. ¡Son los guardias! ¡Debe haber una alarma silenciosa en la puerta!

—Entra y cierra la puerta —siseó Obi-Wan.

Pero, en vez de eso, Guerra empezó a gritar.

— ¡Está aquí! ¡Lo he encontrado! —gritó, antes de volverse para mirar a Obi-Wan con tristeza—. Nunca traicionaría a un amigo, ni siquiera estando yo en peligro...

— ¡Qué va! —terminó Obi-Wan por él, cuando entraron los guardias.

Guerra le señaló y el guardia apuntó al aprendiz de Jedi con un electropunzón. El dolor le hizo caer de rodillas. Sintió cómo cargaban con él hasta el calabozo y le arrojaban dentro.

—El castigo por robar es ser arrojado por la borda —oyó que decía un guardia.

—He terminado mi turno —replicó el otro con un bostezo—. Ya lo haremos mañana por la mañana.

Capítulo 14

El viaje a Telos se preveía sin incidentes. Yoda había encontrado a alguien dispuesto a transportarlos: un piloto que llevaba un cargamento de androides al sistema planetario. Desde el principio hubo tensión entre Xánatos y el piloto. Stieg Wa era joven, temerario y confiado. Se las había arreglado solo desde que era niño y había prosperado gracias a empresas arriesgadas. Bromeó con Xánatos porque éste se había refugiado del mundo en el Templo Jedi, y no sabía nada de la vida.

Puede que Yoda hubiera previsto ese choque de personalidades. Igual era otra prueba. Qui-Gon avisó a Xánatos que contuviera su temperamento, que no permitiera que le afectaran las pullas del piloto. Con una sonrisa, Xánatos aseguró a Qui-Gon que lo haría.

El único momento peligroso del viaje era el cruce del sistema estelar Landor, conocido por estar infestado de piratas. Stieg Wa estaba seguro de poder evitarlos; lo había hecho incontables veces antes. Pero cuando las tres naves piratas rodearon el transporte y pidieron a Stieg Wa que se rindiera, éste descubrió que tenía estropeado un indicador crucial. El sistema de ocultación del transporte se había averiado.

Stieg Wa se negó a rendirse, aceleró el pequeño transporte y evitó los cañones de fuego láser con una asombrosa exhibición de pericia. Una vez perdieron a las naves, Stieg Wa anunció que habían saboteado el sistema de ocultación, y culpó de ello a Xánatos. Por supuesto, Qui-Gon creyó a su discípulo cuando éste juró no tener nada que ver. ¿Por qué iba a arriesgarse a que los piratas atacaran la nave estando él a bordo?

Cuando volvieron los piratas, Stieg Wa estaba en el espacio, arreglando el sistema de ocultación en la plataforma dorsal. Fue alcanzado por el fuego de sus láseres y capturado.

Xánatos condujo a Qui-Gon hasta la cápsula de salvamento. Ya la había programado con las coordenadas de Telos. Cuando Qui-Gon le preguntó por qué había tomado esa precaución, él sonrió.

—Siempre me aseguro de tener una puerta trasera —dijo.

* * *

Aún faltaba una hora para el alba cuando Qui-Gon salió de su transporte y se dirigió hacia el domo de la Zona de Enriquecimiento. El meeriano que enviaron a recibirlo se apresuró a salir a su encuentro.

—Soy Rontha. Me alegra darle la bienvenida a...

— ¿Dónde está Si Treemba? —le interrumpió Qui-Gon, mientras caminaba hacia el edificio principal.

—E... está en el domo, esperándole —dijo RonTha, corriendo para compensar la larga zancada del Jedi—. Pero hay que seguir el protocolo. Debe registrarse en...

—Llévame ante él.

—Pero el protocolo...

Qui-Gon miró fijamente a RonTha. No necesitó usar la Fuerza. El meeriano se derrumbó ante su irritación.

—Por aquí —dijo, deslizándose hacia delante.

Un agitar de espigas anunció la presencia de Si Treemba. Salió del campo de cultivo en cuanto vio al Caballero Jedi.

—Estamos vigilando desde que se llevaron a Obi-Wan. No ha entrado ni salido nadie más.

Qui-Gon miró compasivo a Si Treemba. El joven arcona parecía tan cansado que no le habría sorprendido que cayera dormido a sus pies.

—No debimos dormirnos esa noche. Obi-Wan dijo que haría el primer turno. Debemos permanecer despiertos...

—No es momento de lamentarse por el pasado. Sólo nos queda el presente. Debemos encontrar a Obi-Wan. ¿Qué viste?

—No mucho. Se lo llevó un grupo de hombres con uniformes de Offworld. Los seguimos, pero los perdimos en el domo —repuso Si Treemba, dejando colgar la cabeza.

Qui-Gon intentó no evidenciar su frustración. El arcona ya se sentía bastante mal de por sí. Pero, ¿cómo podría encontrar a Obi-Wan con tan escasa información?

De pronto, notó que RonTha parecía muy nervioso. El meeriano sudaba y miraba a su alrededor como si quisiera escapar. El Jedi decidió concentrar su atención en él.

— ¿Tú viste alguna cosa, RonTha?

— ¿Yo? Pero si tenemos prohibido entrar en el domo por la noche. Va contra todo el protocolo.

—No has contestado a mi pregunta —dijo Qui-Gon educadamente.

—Yo intento seguir las reglas.

— ¿Y lo consigues siempre? —preguntó con amabilidad el Caballero, dominando la impaciencia que sentía—. Cualquiera puede sentirse tentado a romper las reglas.

—La fruta está tan buena —susurró RonTha—. Sólo como alguna antes de acostarme...

—Cuéntanoslo —dijo con firmeza.

—Yo estaba en el huerto cuando los vi —respondió RonTha, tragando saliva—. Era un grupo de hombres que cargaban con algo. Alguien les daba órdenes, alguien con una capa negra...

Qui-Gon asintió, animándole.

—Al principio me escondí. Pero, entonces, vi que se llevaban a Obi-Wan. ¡Y él estaba a mi cargo! Era responsable de él. Así que los seguí hasta la costa.

— ¿Se fueron por mar? —preguntó el Jedi, frunciendo el ceño.

—Dos de los hombres, con Obi-Wan.

¿A dónde pudieron llevárselo? El mar era grande, y carecía de islas o arrecifes.

— ¿Dijeron alguna cosa?

—Nada importante. Pero sí algo curioso. Uno de ellos le dijo a Obi-Wan que volvería a verle en cinco años, si sobrevivía. Obi-Wan no respondió, claro. Todavía estaba inconsciente.

— ¿Cinco años?

— ¡Las minas de alta mar! —exclamó Si Treemba.

Claro, pensó Qui-Gon. ¿Qué mejor sitio para ocultar a Obi-Wan que una plataforma minera en medio del océano?

—Consígúeme un barco de los Cuerpos Agrícolas —ordenó el Jedi a RonTha.

—Pero eso va contra el proto... —la voz de RonTha flaqueó ante la gélida mirada del Caballero—. Sí, de inmediato.

* * *

A medida que avanzaba, Qui-Gon forzó todo lo que pudo el motor de la hidronave. Sobrevolaba el mar gris a apenas unos centímetros sobre las olas. RonTha le había proporcionado las coordenadas de la plataforma minera y las

introdujo en el ordenador del barco. Además, Rontha le había asegurado que la estación era demasiado grande para no verla.

Apareció en la línea gris del horizonte como una mancha más oscura. A medida que se acercaba a ella, la mancha se fue dibujando con torres y edificios, como si fuera una pequeña ciudad en medio del mar.

Qui-Gon miró la plataforma con unos electrobinoculares. La examinó buscando alguna señal de Obi-Wan. De pronto, vio movimiento en el borde. Un grupo de hombres empujaba algo...

Aumentó la imagen. ¡Era Obi-Wan! Los guardias le empujaban hacia el borde de la plataforma con la parte roma de los electropunzones. ¡Iban a echarle fuera!

Qui-Gon apretó el acelerador, pero ya iba a la máxima velocidad. Desesperado, se dio cuenta de que estaba demasiado lejos. Su única esperanza era que Obi-Wan sobreviviera a la caída y que pudiera recogerlo.

Navegó por el liso mar, acercándose más y más. El muchacho estaba ya en el mismo borde. El corazón del Caballero Jedi se encogió de dolor. ¡Perderle de ese modo! Nunca podría perdonárselo.

Pero un movimiento en un nivel inferior llamó su atención a medida que se acercaba. Alguien había improvisado una especie de hamaca con una lona de carbono. Estaba atando los extremos a los puentes que sostenían la plataforma principal. Mientras miraba, dos brazos largos y flexibles posicionaron el parapeto en el aire.

Obi-Wan cayó, mientras Qui-Gon lo observaba por los electrobinoculares. El rostro del muchacho estaba tenso pero mantenía una cierta tranquilidad, libre de terror. Parecía decidido a luchar hasta el final, pero también dispuesto a aceptar la muerte si le llegaba.

Era un Jedi.

Entonces Obi-Wan vio la lona debajo. Qui-Gon notó en la distancia las ondas que causaba su discípulo en la Fuerza. Se concentró a su vez, deseando que el cuerpo de Obi-Wan se retorciera en el aire hacia el parapeto.

El joven Kenobi pareció agarrarse al aire, empujarse hacia la izquierda y romper su caída. Cayó en medio de la tela. Un segundo después, los largos brazos volvían a extenderse para poner al muchacho a salvo.

Qui-Gon ya casi estaba en la plataforma. Escuchó los gritos furiosos de los guardias que se dieron cuenta de lo sucedido. Se alejaron corriendo, en dirección al ascensor que les llevaría al nivel inferior.

El Caballero Jedi frenó su nave, balanceándose sobre el mar mientras amarraba una cuerda de carbono a uno de los puentes. A continuación lanzó

otra cuerda a la cubierta por la que había desaparecido Obi-Wan. Tiró de ella para probar si estaba segura, y empezó a trepar.

Obi-Wan corría por el lugar en compañía de la criatura de largos brazos. Se detuvo de pronto, como si Qui-Gon le hubiera llamado, aunque éste no había enviado ningún mensaje. Se volvió para verlo aparecer salvando la barandilla de un salto.

—Esperaba que vinieras —dijo.

—Casi llego demasiado tarde. Corre.

—Este es Guerra —dijo Obi-Wan señalando a su salvador.

—Que se venga. Los guardias están en camino. Se han dado cuenta de lo que ha pasado.

Las manos de Guerra volaron a su collar.

—Yo no puedo irme. Y tampoco tú, Obawan.

—Es un electrocollar. Estallará si nos vamos —dijo Obi-Wan.

Qui-Gon asintió. Concentró la Fuerza en el discípulo Jedi. Envió energía neutralizadora al transmisor.

—Ya no siento el zumbido —exclamó el joven Kenobi tocándose el collar.

—Habrá que buscar en tierra firme un modo de quitártelo —repuso el Jedi.

—Allí es donde se emite la señal transmisora —explicó Guerra—. El transmisor lo tienen los guardias de seguridad de los muelles de carga de Bandor.

Qui-Gon concentró la Fuerza en el collar de Guerra, pero tuvo que girarse bruscamente. La puerta del ascensor se abrió detrás de él. Una descarga láser zumbó junto a su oreja.

—Necesitarás esto —repuso, lanzando a Obi-Wan su sable láser.

Los dos sables zumbaron al unísono cuando se volvieron para enfrentarse a los guardias. Los cuatro imbat titubearon. Nunca habían visto armas semejantes. Pero atacaron de todos modos, enfurecidos por la evasión de Obi-Wan.

Qui-Gon pasó hasta la barandilla, se impulsó en ella para dar una voltereta en el aire y aterrizar detrás de los hombres armados. Obi-Wan cargó por el frente. Se movían al unísono, de forma grácil y elegante, avanzando,

retrocediendo y obligando a los guardias a retroceder hasta el ascensor, bloqueando con facilidad sus disparos láser.

— ¡Vienen más guardias, Obawan! —gritó Guerra.

Por la escalera situada en el otro extremo de la plataforma llegaban más guardias, disparando mientras corrían.

—Es hora de irse —dijo el Caballero Jedi.

Acertado por un disparo láser, Guerra se derrumbó con un grito. Alzó la mirada hacia Obi-Wan.

—Sólo es un rasguño. Idos. Yo los contendré por vosotros.

Obi-Wan le puso una pistola láser en la mano.

—No, vete tú. Sube por la escalera y escóndete. Dentro de una hora, tu collar quedará desactivado para siempre. Confía en mí.

—No... confío... en... nadie —dijo suavemente, con una débil sonrisa.

Pero se las arregló para cojear hasta las escaleras, mientras Obi-Wan y Qui-Gon rechazaban el fuego. Una vez en ellas se volvió para hablarles.

— ¡Qué va, Obawan! Confío en ti.

Obi-Wan saltó por encima de los guardias caídos, salvó la barandilla y saltó hasta la cuerda. Se deslizó por ella y aterrizó en la hidronave.

Qui-Gon le siguió. Puso en marcha el motor, y se internaron en el mar con los disparos láser lloviendo sobre sus cabezas.

Capítulo 15

En cuanto estuvieron fuera del alcance de los láseres, Qui-Gon puso rumbo a Bandor. Obi-Wan iba sentado a su lado, mirando al frente. No sabía qué preguntar primero.

—Dijiste que esperabas que yo llegara —comentó con voz calmada el Caballero Jedi—. No lo sabías, lo esperabas.

Obi-Wan guardó silencio por un momento.

—Necesito saber lo de Xánatos —dijo por fin—. Me dijo que le traicionaste. Que fue tu aprendiz y confiaba en ti.

— ¿Le creíste?

El muchacho calló un instante. El viento le apartaba los cabellos del rostro.

—No creo que traicionaras a un padawan. Pero no comprendo por qué te odia tanto. ¿Qué motivos tiene, Qui-Gon? ¿Acaso Xánatos me encerró en la plataforma minera sólo para poder llegar hasta ti?

El Maestro Jedi asintió con gesto hosco.

—Sí, eso creo. Ya va siendo hora de que te hable de él. Debí contártelo antes.

La niebla había comenzado a levantarse en el mar. Obi-Wan podía saborear las gotas suspendidas en el aire. El color gris le rodeaba como en un círculo giratorio, una niebla gris plateada por arriba, y el gris apagado del mar por abajo. Las palabras de Qui-Gon parecían llegarle desde un pasado tan nublado como todo lo que les rodeaba.

—Todos los aprendices Jedi aportan algo único al Templo. Y Xánatos destacó incluso a muy pronta edad. Tenía una inteligencia aguda, rápida y ágil. Era un líder. Me pareció el chico más prometedor que había pisado el Templo en muchos años. También a Yoda.

Hizo una pausa, y corrigió ligeramente el rumbo de la nave.

—Pero Yoda tenía dudas. A medida que Xánatos crecía y yo lo aceptaba como mi aprendiz, me fueron molestando los titubeos de Yoda. Creí que el Maestro cuestionaba mi buen juicio. Por supuesto, a quien cuestionaba era al chico. Veía en él algo que yo no veía. Me alegré cuando Yoda sugirió una última misión. Creí que por fin podría demostrarle que yo tenía razón. Xánatos probaría su valía, demostraría lo que yo había visto en él desde el principio.

Qui-Gon se volvió para mirar a Obi-Wan.

—Ves cuál fue mi error.

No era una pregunta.

—Creo que sí —asintió Obi-Wan—. Lo que tú probarías. Lo que tú querías.

—Por tanto la prueba también era para mí. Eso no lo supe entonces. Me dejé dominar por mi ego y por mi orgullo. Por mi necesidad de tener razón. Es importante que tú sepas esto, Obi-Wan. Incluso un Caballero Jedi es un ser vivo más, con los mismos defectos que cualquiera.

—No somos santos, sino buscadores —dijo el muchacho, repitiendo un dicho Jedi.

—Yoda nos envió a Telos, planeta natal de Xánatos. Hacía muchos años que él no veía a su padre Crion. Éste había aumentado su poder durante ese tiempo. Telos es conocido por sus investigaciones científicas, y sus técnicos son brillantes innovadores. Crion usó esos descubrimientos para enriquecer el planeta, enriquecerse a sí mismo. Aprovechó su poder para dirigir el planeta como gobernador. Pero gobernaba solo, sin depender de consejeros o de un senado. Xánatos se dio cuenta de lo poderoso que era su padre. De la vida de lujo que llevaba. De que todas las riquezas de la galaxia estaban al alcance de su mano. Xánatos vio esto, y la ambición creció en él. Y la rabia. Vio que al llevárnosle con nosotros le habíamos privado de otro tipo de poder. Que yo le había privado de él. Y odió a los Jedi por ello.

Qui-Gon contempló la niebla que los rodeaba.

—Cuando elegimos esta vida, renunciamos a muchas cosas, Obi-Wan. Estamos destinados a no tener hogar, ni un poder mensurable. Xánatos tenía todo eso a su alcance. Crion vio que su hijo flaqueaba. Con el tiempo, había llegado a lamentar su decisión de dejar marchar a Xánatos. Era un hombre anciano que había alejado de su lado a todos sus amigos, a todos sus aliados. Así que pidió a Xánatos que se uniera a él en sus planes. Me di cuenta de que Yoda había presentido que esto podía pasar, y que ésa sería su última prueba.

El Caballero Jedi suspiró.

—No dudé de la sabiduría de Yoda. Hice lo que sabía que debía hacer. Me quedé al margen. No intenté guiar a Xánatos. Él estaba preparado para elegir por sí solo.

—Y tomó la decisión equivocada —dijo Obi-Wan con suavidad.

—Crion se había vuelto tan ambicioso como suele pasarle a los poderosos. Planeaba iniciar una guerra contra un planeta vecino. No le bastaba sólo con las investigaciones. Telos sería mucho más poderoso de tener acceso a los recursos, los minerales y las fábricas. El tratado entre los dos mundos se ampliaba automáticamente cada diez años. Aquel año, Crion solicitó una

renegociación. Más tarde descubrí que era un truco, una forma de conseguir un retraso mientras equipaba un ejército. Yo debía supervisar las negociaciones. Xánatos saboteó deliberadamente la primera reunión, siguiendo las órdenes de su padre. Querían enfurecer a la población de Telos. Pero yo sabía lo que pasaba y conté al pueblo de Telos todo lo que sabía. La gente se rebeló contra Crion, pero éste no se rindió. Xánatos le convenció para luchar. Contrataron un ejército para acabar con la rebelión y así poder permanecer en el poder. Estalló una guerra civil. De pronto, el pueblo estaba muriendo. Yo había perdido el control de la situación. Y todo por no haber visto con claridad de lo que era capaz Xánatos.

Qui-Gon agarró con fuerza los controles de la nave.

—Xánatos encabezaba el ejército. La última batalla se libró en los aposentos del Gobernador. Crion fue asesinado.

Hizo una pausa, su expresión era hosca, y cuando le habló lo hizo con solemnidad.

—Lo maté yo. Le di el golpe de gracia delante de su hijo. Mi sable láser cortó el anillo del dedo de Crion. Mientras él yacía moribundo, Xánatos cogió el anillo del fuego al que había caído y presionó el metal caliente contra su mejilla. Todavía puedo oír el sonido de su carne quemándose. Aún se le nota la cicatriz.

—Un círculo roto —dijo Obi-Wan.

Qui-Gon se volvió para mirar al muchacho. Tenía una expresión de desolación, endurecida por los recuerdos.

—Dijo que la cicatriz le recordaría siempre lo que yo le había quitado. La forma en que le había traicionado. El hecho de que hubieran muerto miles de personas por la avaricia de su padre era algo que no significaba nada para él. Y todas esas muertes lo significaban todo para mí.

— ¿Qué pasó? —preguntó Obi-Wan.

—Desenvainó el sable láser contra mí —dijo, desviando otra vez la mirada para centrarla en el pasado—. Luchamos hasta el agotamiento. Al final le arranqué el sable láser de la mano y me paré ante él. Pero no pude darle el golpe definitivo. Xánatos se rió de mí, y salió corriendo. Registré todo Telos en su busca, pero había robado un transporte, llevándose las riquezas del planeta y escapando al espacio. Desapareció sin dejar rastro... hasta ahora.

Capítulo 16

Qui-Gon miró los controles. —Nos acercamos al puerto de Bandor.

—Tenemos que conseguir el transmisor. Se lo prometí a Guerra —repuso Obi-Wan.

El Caballero Jedi asintió y se dirigió hacia el muelle de carga de Offworld. Amarraron la hidronave y se dirigieron a la oficina de seguridad de la Compañía.

— ¿Tienes algún plan? —preguntó Obi-Wan.

—No hay tiempo para planes —contestó el Maestro Jedi, abriendo la puerta de una patada.

Tres guardias imbat alzaron la mirada sorprendidos. El sable láser silbó en el aire antes de que pudieran coger las pistolas láser. Las tres pistolas resonaron en el suelo mientras los guardias se cogían las muñecas y aullaban de dolor.

—Los transmisores, por favor —pidió amablemente Qui-Gon.

Cuando titubearon, descargó con gesto casual el sable láser contra la terminal energética. Esta siseó y se derrumbó en un montón de metal fundido.

Los tres guardias intercambiaron miradas asustadas. A continuación arrojaron los transmisores y salieron corriendo por la puerta.

—Qué agradable es cuando resulta tan fácil —comentó el Jedi.

Se agachó y recogió los tres transmisores. Volvió al muelle y arrojó dos al mar. A continuación apretó el botón del tercero.

—Guerra es libre. Ahora veamos si podemos quitarte ese collar.

Qui-Gon pasó sus grandes manos por el collar del muchacho, buscando un cierre o una rendija. No pudo romperlo, ni arrancarlo. Graduó el sable láser a baja potencia e intentó cortarlo, pero no le fue posible.

—Necesitaría ponerlo a máxima potencia, pero te heriría de ese modo.

—O me cortarías la cabeza —comentó alegremente Obi-Wan.

—Habrá que buscar el modo de quitártelo en Bandor —repuso el Caballero con una breve sonrisa, antes de lanzarle el transmisor al muchacho—. Será mejor que guardes esto hasta que te lo quitemos.

— ¿Y ahora qué? —preguntó el joven Kenobi, introduciendo el aparato en un bolsillo interior de la túnica.

—Xánatos —dijo. El nombre sonaba en sus labios como una maldición—. Debemos volver a Bandor.

Qui-Gon subió al asiento del conductor de un deslizador de seguridad de Offworld. Puso en marcha el vehículo, y Obi-Wan subió a bordo. El vehículo rugió en dirección a la ciudad que se alzaba en la lejanía.

El cielo gris era oscuro y pesado, y las torres mineras se recortaban contra él como si fueran telas de araña, creciendo de tamaño a medida que se acercaban a Bandor. Al llegar a las afueras de la ciudad, Obi-Wan vio una mota en el horizonte.

—Alguien viene hacia aquí —dijo.

Qui-Gon asintió. Lo había visto. Obi-Wan sintió algo oscuro en la Fuerza. Miró a su Maestro.

—Yo también lo siento —murmuró éste.

Una moto se acercó a ellos en pocos minutos. No necesitaron ver la capa negra para saber quién la conducía.

—Agárrate —dijo el Jedi—. No creo que Xánatos esté de humor para charlas.

— ¡Tiene cañones láser!

Una descarga del cañón les falló por centímetros, haciendo caer sobre ellos una ducha de tierra y grava.

—Ya lo veo.

Desvió el deslizador, girando a la derecha cuando otra descarga silbó junto a ellos.

Los sables eran inútiles, y carecían de pistolas láser. Tenían que confiar en la pericia del Caballero Jedi, que, mientras conducía, recurría a la Fuerza para anticiparse a los disparos.

Tierra y polvo salpicaban sus rostros mientras Qui-Gon derrapaba, aceleraba, retrocedía y frenaba para evitar el mortífero cañón láser. Xánatos tenía mayor maniobrabilidad por ir en moto, y la usó para moverse a su alrededor, y disparar bruscamente desde la izquierda. La descarga casi lanza a Obi-Wan fuera del deslizador.

— ¡Agárrate! —le dijo su Maestro.

Éste aceleró, manteniéndose todo lo pegado al suelo que podía. De este modo levantaba el polvo que tenían debajo, el cual formó una nube espesa, cegando a Xánatos.

Eso les hizo ganar segundos preciosos, nada más. El Jedi reconoció las torres mineras que tenía delante. Era la Mina del Planeta Natal. Allí encontraría amigos, armas. Clat'Ha era una gran luchadora; ya le había salvado antes la vida.

Entró en el patio, pero no había nadie a la vista. Todo el mundo estaba dentro de la mina, trabajando en las reparaciones. No había tiempo de llamar a VeerTa o a Clat'Ha. Ya oían el rugido de la moto de Xánatos entrando en el patio.

Qui-Gon saltó del deslizador, pidiendo a Obi-Wan que hiciera lo mismo.

Xánatos se dirigió a toda velocidad contra ellos. El Caballero Jedi desenvainó el sable láser y golpeó a su antiguo discípulo con él cuando éste pasó junto a ellos. Pero el impacto le lanzó hacia atrás, y sintió cómo su hombro cedía dolorido. No podría luchar contra su antiguo aprendiz mientras siguiera en ese vehículo.

Éste dio media vuelta y volvió a lanzarse contra ellos. No les quedó más remedio que entrar en la mina. Apenas lo hicieron, Qui-Gon tuvo un pensamiento escalofriante que le llegó en un fogonazo revelador.

Estaban haciendo exactamente lo que Xánatos había planeado. Le estaban siguiendo el juego.

El Jedi condujo a Obi-Wan dentro del túnel. Se bifurcaba en varias direcciones, e intentó recordar por cuál de ellas le guió VeerTa hasta el ascensor. Dejó que la Fuerza le dirigiera, que se hiciera cargo de él. Corrió por el túnel de la izquierda, con Obi-Wan pisándole los talones. El ascensor les esperaba al final del túnel. Entraron de un salto y él apretó el botón del nivel más profundo, el Núcleo 6.

Las luces zumbaban cuando salieron al túnel. Qui-Gon se dirigió a la izquierda.

— ¿A dónde vamos? —preguntó Obi-Wan con un susurro.

— Hay otro ascensor. Xánatos no puede saber que ya debe estar arreglado. Podremos dar la vuelta y atacarle desde otra dirección, o incluso salir de la mina. Es preferible eso a combatir aquí.

Obi-Wan asintió; siempre era mejor luchar en un lugar donde tu oponente no pudiera acorralarte.

Pero ése no era el único motivo por el que Qui-Gon quería salir de la mina. Su enemigo los había conducido hasta allí con un fin. Tenían que frustrar

ese plan. Un temor indefinido se apoderó de él, diciéndole que en ese lugar había algo a lo que no deseaba enfrentarse.

Se internaron en el túnel. El Jedi frunció el ceño al mirar hacia delante. VeerTa dijo que la galería estaba completamente bloqueada. ¿Por qué...?

De pronto, una sombra se separó de la pared del corredor. Xánatos estaba ante él.

—Cometes demasiados errores, Qui-Gon. Me extraña que aún sigas con vida. Primero desactivas los transmisores para que yo sepa exactamente dónde estás. Después entras en la mina, que es exactamente lo que yo quería que hicieras, y a continuación presupones que yo no sabía nada del ascensor del norte.

El Caballero oyó detrás de él el zumbido del sable láser de Obi-Wan.

— ¿A cuál de vosotros debo matar primero? —murmuró Xánatos—. ¿A ti, o al torpe de tu chico?

El joven Kenobi se lanzó hacia delante. Subió a una vagoneta de la mina que rodó hacia Xánatos. Saltó de ella en el último momento, en dirección a Xánatos, descargando al mismo tiempo un golpe con el sable láser.

Qui-Gon oyó cómo se quemaba la carne de la mano de Xánatos. Este lanzó un aullido de dolor y estuvo a punto de dejar caer el sable láser, pero lo cogió con la otra mano.

—No me llames torpe —repuso Obi-Wan, aterrizando detrás de Xánatos.

Este atacó a Obi-Wan, girando con tanta rapidez que Qui-Gon apenas vio el movimiento. El muchacho retrocedió, al tiempo que trazaba un arco con el sable láser. El ataque de Xánatos no le había acertado por un suspiro. Qui-Gon entraba ya en liza y Xánatos se volvió para bloquear el golpe. Los dos sables láser se encontraron y entrechocaron, crepitando. El humo se alzó en el túnel.

Xánatos retrocedió, saltando más allá de Obi-Wan, y los dos Jedi le persiguieron túnel abajo. El suelo empezó a descender mientras corrían. El Caballero Jedi se dio cuenta de que bajaban a otra galería.

Al doblar una esquina, tuvieron el tiempo justo de ver a Xánatos desaparecer por un pasadizo más pequeño que se desviaba del principal. Aceleraron el paso. El túnel lateral era oscuro y estrecho; las luces eran menos luminosas en él. El suelo descendía bruscamente. Y Xánatos había desaparecido.

—Espera, Qui-Gon —jadeó Obi-Wan—. ¿Seguro que debemos seguirle?

— ¿Por qué no? —preguntó Qui-Gon impaciente. El sable láser latía caliente en su mano.

—Porque quiere que le sigamos.

—Ya es demasiado tarde. Es cierto, él ha elegido el campo de batalla. Pero podemos derrotarlo.

Qui-Gon se volvió y corrió por el pasadizo túnel abajo. Obi-Wan le siguió. Se mantendría a su lado hasta su último aliento.

Estaban en lo más profundo de la corteza del planeta, cerca de su núcleo. El calor era intenso. Qui-Gon vio delante de él una señal que brillaba débilmente. Núcleo 5. O VeerTa le había mentido, o no conocía la existencia de ese túnel.

El corredor daba paso a otro ligeramente más ancho. Las luces eran más brillantes en él. Apenas dejaron el pasadizo, un panel oculto se deslizó para cerrarlo.

Estaban atrapados.

Caminaron en círculo, lentamente, con los sables láser preparados. No había señales de Xánatos.

Entonces las luces se apagaron.

De la oscuridad surgió una voz burlona.

—Espero que tengáis tiempo para un ejercicio del Templo.

De pronto, el brillo rojo de un sable láser se alargó en la oscuridad.

Qui-Gon no esperó el ataque de Xánatos. Se movió en la negrura en dirección al brillo. No podía ver, dejó que la Fuerza le guiase. Podía sentir a su contrincante, sentir las oscuras ondas de su maldad. Atacó.

—Fallaste. Siempre fui el mejor en la lucha con el sable láser, teniendo los ojos vendados, ¿recuerdas? —dijo Xánatos.

Obi-Wan se desplazó a la derecha, esperando poder atrapar a Xánatos en un movimiento de pinza, conjuntamente con su Maestro. Pero, entonces, el sable láser se desplazó en el aire, cortando en su dirección. Retrocedió justo a tiempo. Había pasado tan cerca que notó en el aire el olor a la electricidad de un relámpago.

La lucha era muy difícil, debían dejarse llevar por el instinto y con sólo la Fuerza para ayudarlos. Xánatos era un adversario fuerte y astuto. Atacaba y retrocedía con un ritmo febril, más deprisa que cualquier otro luchador con el que se hubiera enfrentado Obi-Wan. La agilidad y fuerza de Qui-Gon

resultaban impresionantes cada vez que su sable láser encontraba el de Xánatos, protegiéndose a sí mismo y a Obi-Wan de los golpes.

Éste se lanzó al suelo, esperando cortar las piernas del enemigo y derribarlo. Pero Xánatos lo esquivó y saltó sobre él. Notó el agitar del aire a su paso.

Obi-Wan intentó contener su ira y usar el lado luminoso de la Fuerza. Había tenido la mente demasiado nublada por la ira. Necesitaba despejarse. Era su única esperanza. Recurrió a la Fuerza para que le guiara.

De pronto, vio que su Maestro retrocedía. Su sable láser fluctuó por un instante. ¿Había sentido su cambio? Sintió que la Fuerza de Qui-Gon fluía hasta la suya, fundiéndose con la de él, latiendo en un fuego blanco. El sable láser de Qui-Gon volvió a brillar verde, con tanta fuerza que iluminó el túnel. Los dos, juntos, cortaron el aire, sin detenerse nunca, moviéndose, deslizándose, virando. Xánatos fue empujado hacia atrás, más y más, hasta que lo acorralaron contra la pared de un túnel. Pero, de pronto, la pared se volvió transparente, y se abrió una puerta. Xánatos la cruzó de un salto.

— ¡Un ascensor! —gritó Qui-Gon, corriendo hacia delante. Pero la puerta se cerró, y sólo pudo golpearla con el sable, consiguiendo apenas un zumbido.

La voz de Xánatos retumbó en la caverna gracias a algún sistema de sonido.

—Ya no importa lo que hagáis. La mina está a punto de estallar. He creado las mismas condiciones para una explosión que la última vez; mejores aún. Los gases se mezclarán y entrarán en combustión. Yo tengo tiempo de sobra para llegar a la superficie. Vosotros no.

Escucharon cómo el ascensor se elevaba hacia la superficie.

—Adiós, mi viejo Maestro. Espero que tu muerte sea tan dolorosa como la de mi padre.

Capítulo 17

El corredor lateral —jadeó Obi-Wan. Corrieron de vuelta hacia la entrada, pero seguía sellada, tal y como sospechaban. Qui-Gon posó las manos contra ella. Era de acero transparente forrado. En la penumbra parecía una pared. El acceso del túnel principal al pasillo lateral también debía estar cerrado de ese modo.

—Está cerrado —dijo—. Y no puedo abrirla. No con la Fuerza.

—Tal vez juntos —sugirió Obi-Wan.

Se concentraron, haciendo que la Fuerza tocase la puerta. No se abrió, ni siquiera se tornó transparente.

—Supongo que ésta tendrá un cierre más resistente —comentó Qui-Gon—. Xánatos no se arriesgaría a que pudiéramos abrirla.

—Tiene que haber un modo —exclamó Obi-Wan frustrado.

Golpeó la puerta con el sable láser, pero sólo sintió una dolorosa vibración en el brazo.

—Aquí hay un panel —dijo el Caballero Jedi, abriéndolo. Tenía varios botones brillantes. Los pulsó, pero no pasó nada—. Es algún tipo de cerradura.

—Dijo que no tendríamos mucho tiempo. Que la explosión sería mucho más poderosa...

—Sí. Y estoy seguro de que era sincero.

Intercambiaron una mirada. Los dos pensaron en los mineros que había más arriba, en Clat'Ha y VeerTa. Se perderían muchas vidas. El sueño de la Mina del Planeta Natal moriría. Y con él se perdería Bandomeer.

—Sólo podemos hacer una cosa —dijo Obi-Wan—. Yo puedo conseguir que salgamos de aquí. Soy el único que puede hacerlo.

— ¿Qué quieres decir?— preguntó Qui-Gon, sintiendo que en él se agitaba una profunda aprensión.

—Tengo el transmisor —contestó, tocándose el electrocollar del cuello. Puedo reactivarlo. Si me pego a la puerta, la explosión la abrirá. Así tendrías tiempo para evacuar la mina.

— ¡Pero tú no sobrevivirías a la explosión!

—Aléjate todo lo que puedas —repuso Obi-Wan, buscando el transmisor en la túnica.

—No, padawan. Tiene que haber otro modo.

—No hay otro modo, y lo sabes. Ahora, retrocede.

— ¡No! ¡No lo haré! Y te ordeno que no hagas esto.

—Qui-Gon, piensa en todos los que perderán la vida. Piensa en lo que ganará Xánatos. Piensa en Bandomeer. Nuestra misión era protegerlo. Fracasaremos si no hacemos esto.

—Éste no es el modo —repuso Qui-Gon con hosquedad.

Obi-Wan estaba pálido e inmóvil. La determinación tensó todos sus músculos.

—Sí, Qui-Gon. Puedo hacerlo. Y lo haré.

Capítulo 18

Qui-Gon revivía la pesadilla. Sentía el mismo horror, la misma desesperación, la misma sensación de que debía acabar con la situación, aunque admiraba el valor del chico que lo había sugerido.

—No lo permitiré —le dijo a Obi-Wan—. Usaré la Fuerza para neutralizar el collar.

—No podrás hacerlo —negó éste con la cabeza, sonriendo ligeramente—. Sé que puedo combatirte y ganar. Quiza sólo esta vez. Pero esta vez yo tengo razón, y tú no.

Qui-Gon se quedó impresionado. Sentía la Fuerza que emitía su discípulo como una ola arrolladora. Su poder le asombró. Miró fijamente a Obi-Wan. Sus voluntades chocaron silenciosas en el oscuro túnel.

Obi-Wan se puso contra la pared, apretando el transmisor contra su cuerpo.

—Déjame, Qui-Gon. Es mi momento.

El Caballero Jedi miró desesperado el panel del cierre. Deseaba destrozarlo con el sable láser. Deseaba golpear la puerta con su cuerpo. ¡No podía dejar que pasara esto!

No dejaría que la pesadilla ganara.

La pesadilla...

Los círculos rotos brillaban delante de él. ¿Por qué no los había visto antes? En el panel estaba el logo secreto de Offworld.

El círculo que une el pasado con el futuro, pero sin llegar a cerrarse. Debe cerrar el círculo. Debe hacer avanzar el pasado. Debe...

—Espera —dijo.

Qui-Gon acalló su mente, dejando que la Fuerza le inundara. Recurrió también al poder de Obi-Wan, y se concentró en el círculo roto. Imaginó que el círculo se movía, se unía, volviendo a estar entero. El pasado debía encontrarse con el futuro para crear el presente. Eso era lo único que importaba. Xánatos era el pasado. Obi-Wan el presente.

Los círculos separados se movieron poco a poco, creando un círculo perfecto.

La puerta se abrió.

—Te dije que había un modo más sencillo —le dijo a Obi-Wan.

Este sonrió con alivio y cansancio. El sudor le recorría el rostro debido al calor y el esfuerzo.

—Será mejor que nos apresuremos.

Corrieron galería abajo, por recovecos y curvas, hasta llegar al túnel principal. Qui-Gon recordaba una alarma de emergencia situada cerca del ascensor sur. La activó y el vibrante sonido llenó los túneles de la mina.

—Evacuación —dijo una voz tranquila—. Evacuación.

—Eso también se refiere a nosotros —dijo Obi-Wan, activando el interruptor del ascensor.

Pero Qui-Gon titubeaba. Miró a su alrededor. Alguien había estado trabajando allí para limpiarlo. Había cajas de explosivos apoyadas contra la pared. Y encima de todas destacaba una.

—Obi-Wan, ¿es ésa la caja que viste?

—Sí. Pero no hay tiempo de descubrir lo que contiene —dijo, en el momento en que llegaba el ascensor—. ¡Vamonos, Qui-Gon!

Éste no respondió. Se acercó a la caja. Desenvainó el sable láser y cortó el cierre con precisión.

—Siempre tenía más de un as en la manga —murmuró—. Siempre tenía una puerta trasera.

Alzó con cuidado la tapa. Tal y como había supuesto, contenía una bomba de iones, el explosivo más destructor de la galaxia.

Obi-Wan miró por encima de su hombro.

—Dijo que era una mezcla de gases.

—Mintió. Esta bomba tiene temporizador. Y me temo que todas las cajas que se encuentran por todo Bandomeer estallarán en el mismo instante que lo haga ésta. La reacción en cadena será enorme. Podría volar todo el planeta.

Obi-Wan palideció.

— ¿Sabes cómo desmontarla?

—La Fuerza no servirá de nada —dijo Qui-Gon agachándose—. Tiene un disparador tan delicado que la Fuerza podría activarlo. Puedo desmontarla, pero necesito tiempo. Más tiempo del que tengo. Éste parece el control maestro. Xánatos debió conectarlo cuando se fue. Ésas son las buenas noticias. Si desarmamos esta bomba, no estallará ninguna de las demás.

— ¿Cuáles son las malas noticias? —preguntó Obi Wan, tragando saliva.

—Está preparada para estallar en tres minutos. Necesito quince para desarmarla.

Obi-Wan asimilaba todo esto, mientras sentía que pasaban los segundos, segundos preciosos. Haber llegado tan lejos ¡y todo para que ganara Xánatos! No podía consentir que pasara.

—Su odio le ha llevado a destruir un planeta sólo para acabar conmigo —murmuró Qui-Gon—. Por no hablar de una fortuna considerable. VeerTa dijo que sólo la riqueza de la veta de ionita era incommensurable.

— ¿Ionita? Creía que esto era una mina de azurita.

—La explosión les permitió encontrar una veta. La onda expansiva proyectó hacia arriba las rocas del núcleo —repuso él, haciendo un gesto hacia el túnel.

— ¿La bomba tiene temporizador?

—Un temporizador iónico. Preciso al segundo. ¿Por qué?

Obi-Wan no respondió. Corrió por el túnel hacia los escombros. Cogió una roca y la arañó con la uña. Vio el brillo de ionita. Cogió más rocas y las amontonó en su túnica.

—Sólo queda un minuto —avisó el Caballero Jedi.

—Aún no estamos acabados —respondió el aprendiz, volviendo hasta él.

Puso las rocas cuidadosamente alrededor de la bomba.

— ¿Qué estás...? —la pregunta de Qui-Gon murió en sus labios; la lectura digital se había detenido—. ¿Qué...?

—La ionita —dijo Obi-Wan—. Tiene una carga neutra. Para casi todos los instrumentos. Sobre todo los temporizadores. Los mineros la temen, pero ahora les salvará la vida. Ya tienes tus quince minutos, Qui-Gon —dijo con una sonrisa.

El Jedi respiró profundamente.

—Entonces, será mejor que empiece.

Capítulo 19

Cubiertos de suciedad y con las túnicas rígidas por el sudor, los Jedi se abrieron paso cansinamente hasta el Palacio del Gobernador. Allí encontraron a SonTag reunida con VeerTa y Clat'Ha.

—En la mina ha tenido lugar una evacuación de emergencia —les dijo SonTag, frunciendo el ceño con preocupación—. Pero los sensores no indicaban nada extraño.

—Ayer mismo los cambiamos y comprobamos —comentó Clat'Ha.

—Y nos han informado que Offworld ha tenido problemas en la plataforma minera de alta mar —añadió VeerTa—. Los electrocollares de los mineros dejaron de funcionar. Se han rebelado y abandonado la mina. Su jefe, un phindiano llamado Guerra, nos encargó que te dijera que estaba bien.

Obi-Wan sintió una punzada de satisfacción; Guerra estaba libre.

—No es que vayamos en contra de Offworld —continuó Clat'Ha—, pero ha sido una buena noticia, ya que los mineros eran como esclavos. Pero, ¿por qué tenemos problemas con los sensores?

—Ese problema no se debe a un fallo del equipo —les dijo Qui-Gon—. Me temo que tengo que revelarles un fallo aún más doloroso.

Y les resumió en pocas palabras lo sucedido en la mina.

—Así que Xánatos estaba detrás de la primera explosión —dijo SonTag, con el pesar pialado en el rostro—. ¡Ojalá no hubiéramos confiado en él!

— ¡Sabía que no debíamos hacerlo! —comentó VeerTa, con ojos brillantes.

Clat'Ha se limitó a mirar al Caballero Jedi.

— ¿Qué quisiste decir con que debías revelarnos un fallo aún más doloroso?

Tenía que ser Clat'Ha quien diera el siguiente paso, pensó Qui-Gon con admiración.

—Alguien cercano a ti te ha traicionado. Alguien que se alió a Xánatos y le contó lo de la ionita, traicionando a Bandomeer a cambio de su enriquecimiento personal.

VeerTa palideció.

—Pero, ¿quién haría algo semejante?

El Jedi mantuvo la mirada clavada en ella. Lentamente, su palidez fue sustituida por el sonrojo.

— ¿VeerTa? —dijo Clat'Ha mirándola a su vez.

— ¡Fue por el bien de Bandomeer! —gritó VeerTa—. Es lo que me dijo él. Offworld respaldaba en secreto a la Mina del Planeta Natal; de ese modo era inevitable que diera beneficios.

— ¿De verdad creíste que nos permitiría controlar la mina? —preguntó Clat'Ha furiosa.

—Hay algo más —dijo Qui-Gon—. Xánatos tenía un plan de reserva. Pensaba volar en pedazos casi todo Bandomeer. Con esas cajas negras que hay junto a los explosivos, en todas las Zonas de Enriquecimiento y en las plataformas mineras. Alguien le ayudó a introducir esas cajas en los domos.

—Dijo que era equipo minero para futuras operaciones —susurró VeerTa.

—Bandomeer ha estado a punto de ser destruido —dijo SonTag, con la voz tan cortante como el extremo de una cuchilla vibratoria—. De no ser por los Jedi...

— ¡No había forma de que yo lo supiera! —exclamó VeerTa—. ¿Por qué iba Xánatos a destruir Bandomeer? ¡Destruiría todas sus ganancias!

Qui-Gon no dijo nada. Sabía que si había algo más fuerte que la avaricia, era la venganza. Xánatos había planeado este día desde el principio. Había utilizado a VeerTa. Quería que el Jedi muriera sabiendo que fue incapaz de salvar incontables vidas. Era la muerte más dolorosa que podía prepararle Xánatos.

Qui-Gon había vuelto a subestimar a Xánatos. No se dio cuenta de que su antiguo aprendiz era tan esclavo del pasado como él.

No, se corrigió el caballero. Ya no volvería a ser rehén de su pasado. Lo dejaría en Bandomeer.

Clat'Ha se levantó para apartarse con rapidez, como si no pudiera respirar el mismo aire que VeerTa.

— ¿Dónde está ahora Xánatos?

—Ha escapado —informó Obi-Wan—. Lo tenía todo preparado; creyó que se iría dejando atrás un planeta destruido.

—Igual está en la base principal de Offworld —dijo VeerTa.

—Nadie sabe dónde está —repuso Clat'ha dirigiéndole una mirada de desagrado—. No olvides esto, VeerTa. Tú pagarás por tu crimen. Tu amigo no.

—Sí—dijo Qui-Gon con calma—, lo pagará.

* * *

Qui-Gon y Obi-Wan volvieron a su aposento para recoger sus pertenencias. Una nave de transporte dejaba el planeta en pocas horas.

—Yoda tiene otra misión para nosotros —le explicó el Maestro Jedi a su discípulo.

Nosotros. El muchacho sintió un escalofrío ante la palabra.

Qui-Gon permaneció inmóvil, con la mirada clavada en su lecho. En la colchoneta había un papel clavado con un cortador vibratorio. Obi-Wan cruzó el lugar para leer por encima del ancho hombro del Caballero Jedi.

Si estás leyendo esto, será porque te habré subestimado. No volveré a hacerlo. He disfrutado con nuestra aventura juntos, Maestro. Estoy seguro de que tendrás el placer de volver a verme.

Obi-Wan no pudo leer los rasgos de su Maestro. Probó la Fuerza, buscando señales de la ira de Qui-Gon.

No sintió nada. ¿Acaso Qui-Gon contenía su ira, marginándole otra vez de sus emociones?

—No estoy furioso, Obi-Wan. Xánatos ha desaparecido de mí. Ya sólo es un enemigo más. Tiene todo el odio de su lado. Estoy preparado para combatir las maldades que cometa. Quizás algún día me mate, pero no volverá a herirme.

Qui-Gon se volvió para mirarlo.

—Eso me lo has enseñado tú. Cuando usaste la Fuerza en la mina, me mostraste la forma en que la luz combate siempre a la oscuridad. Mi ira me ha abandonado. Al final me enseñaste algo sobre mí mismo. Y cuando el padawan enseña algo a su Maestro, es que su relación es la correcta.

—En la mina me llamaste padawan —dijo Obi-Wan esperanzado.

—Tú habrías muerto por mí. Tu valor fue extraordinario, hasta para un Jedi. Obi-Wan Kenobi, me sentiría honrado aceptándote como padawan.

El muchacho quedó inundado por una gran calidez. No sintió el orgullo que habría supuesto al oír esas palabras. Pero sintió la Fuerza en él, y a su alrededor, y se encontró como en casa. Tragó saliva.

—Acepto, Maestro Qui-Gon Jinn.

—Por supuesto no habrías tenido éxito en tu plan. Habría impedido que murieras por mí.

—No habrías podido hacerlo, Maestro —replicó sereno Obi-Wan.

Intercambiaron una mirada, medio retadora, medio divertida. La Fuerza latía entre ellos. Los dos miraron al futuro, a los largos años que les esperaban y las muchas misiones que realizarían. Sabían que debatirían este momento durante todos esos años, incluso cuando ya se hubiera desvanecido el recuerdo de un planeta llamado Bandomeer. Sería un desacuerdo amistoso, un lazo de historia y confianza.

* * *

Sonrieron al darse cuenta. La conexión Jedi era una de las primeras uniones entre Maestro y padawan. Les hacía saber que recorrían juntos el mismo sendero. Caminarían hacia el futuro, templado en un pasado común.

Qui-Gon posó una mano en el hombro de Obi-Wan, y la dejó allí.

—Será mejor que recojamos ya. Nos espera un largo viaje —dijo con calma.